Enrique Estuardo

Max Dario

Capítulo 1

Enrique Estuardo

Quererse a sí mismo, es el primer paso para cambiar al mundo

Novela inédita: por Muñeco Inflable.

Planeta Tierra, Junio 12 del 2008

Agradecimientos:

El libro empezó una tarde que tomé un taxi y me pregunté: ¿qué se sentiría ser conducido por un conductor travesti? De por sí ya es inusual encontrar una taxista mujer, ¿cuál sería el impacto de que sea trans?

A partir de eso empecé a elucubrar: ¿por qué una trans tendría que ponerse tras el volante? Y de entre todas las opciones, se me ocurrió la que está narrada en las líneas subsecuentes.

Quisiera agradecer a todas las compañeras trans, amigas de corazón, quienes me han permitido conocer un poco de cada una de sus historias y que aquí las presento como una fanesca.

A mi familia, por haberme educado siempre con la visión de integralidad, inclusión y respeto, aprendiendo cada día de todas las personas que me rodean

A mis amigas: Fernanda, la China, Leidis Di, Dara Croft, Pierina, Lassie, Kimberly, Taty, Anita, Rashel, Anibal. La Uve, Lobonocturno, K-chorra y otras más que no recuerdo sus nombres, pero las veo en imágenes mentales cuando tengo ganas de pasarla bien.

A mis amigos: Nicolás, Segundo, Julián, Julio, Galo, Sergio, Juan Carlos, Guillermo, JaviEr, Luc, Alain, Starry, Andy, Rufo, Joseph y otros que he olvidado, pero que siempre recuerdo con mucho cariño y admiración.

A mi novio, H, por su apoyo y por aguatar mi legua larga y las pocas horas de sueño que le dejo.

A los lectores, por tener tiempo para leerme y reírse conmigo

A Dios, porque el hace que todo se mueva en este mundo

El autor

Capitulo primero

Don Jorge, - como era conocido por todo el mundo - tuvo muchos amigos en vida. Toda la ciudad fue a su sepelio. Estaban los actuales miembros de las directivas de las cooperativas de taxis, los socios y sus familiares.

Parecía que el camposanto se hubiera enfermado de hepatitis aguda por la presencia de las unidades de taxis en el parqueadero y en los alrededores. A pesar de que el tránsito se había dificultado por el congestionamiento provocado por la presencia de los autos amarillos, seguían llegando los taxis y los mensajes de condolencias se hacían eco por la radio de las unidades.

Él fue uno de los más conocidos y queridos taxistas; fue presidente del gremio e impulsó la introducción de reformas a la Ley de tránsito para mejorar la calidad de trabajo de los compañeros del volante.

Junto a la fosa del cementerio, estaban sus familiares cercanos, rindiendo su último adiós, entre llantos y "noteolvidaré".

Al centro y junto al Padre Carlos, estaba su viuda acompañada de Carlita y Jorgito Jr. sus hijos más queridos. Más allá se encontraba la tía Bertha con sus hijos y al otro lado su cuñado Marcos con el resto de su prole, todos de luto riguroso como manda la tradición en la sierra del Ecuador.

Tras los familiares se habían ubicado los demás personajes en orden de importancia y cercanía al difunto. Así, el actual presidente de la cooperativa 5 de Julio estaba a sólo un paso de la viuda, y el secretario de la asociación de cooperativas de transporte estaba a un palmo de rozar con sus manos las caderas de la tía Bertha.

Lejos de ahí, contemplando la escena y ligeramente tapada por una gran lápida perteneciente a algún miembro de una familia pudiente, se encontraba una mujer de buena figura y facciones un poco toscas. Parecía un espectro que trataba de pasar desapercibido ante el resto de congregados. Durante toda la ceremonia mantuvo la distancia. Apenas si retiró sus gafas obscuras un par de veces para enjugar sus lágrimas.

No perdía detalle del sepelio y siguió desde lejos la ceremonia religiosa, persignándose varias veces sin dejar de llorar por el dolor interno que sentía y que no podía ser capaz de expresar a sus deudos más cercanos.

Una vez que terminó la ceremonia, empezaron a bajar el féretro y empezó el show de verdad, cuando la viuda intentó lanzarse para ser enterrada

con quien fue el amor de su vida. Los gritos de histeria se dieron en coro y más de una persona se ofreció de voluntaria para apaciguar los ánimos y llevar a la afectada lejos de la escena de dolor.

Llegó el momento de retirarse; ya todo había terminado de manera folklórica y que no podía faltar para hacer de este funeral una leyenda que sería recordada por mucho tiempo por la clase del volante.

Los dolientes se retiraban cabizbajos, alejándose del sepulcro, pensando en lo efímera que puede ser nuestra existencia, llevando la pesada carga de saberse humanos perecederos y que el destino final de todos y cada uno estaba aguardando dentro de las cuatro paredes del camposanto.

Arrastraban los pies al andar, marcando surcos en el suelo de arena; los murmullos se escuchaban como el zumbido de moscas revoloteando alrededor de una lámpara antiinsectos.

Cuando la multitud se había alejado lo suficiente, aquella figura femenina que se encontraba semioculta tras una lápida decidió acercarse para dar su último adiós. Llevaba una rosa roja entre las manos, la misma que al estar en la fosa la arrojó mientras se persignaba.

Uno de los asistentes presenció la escena y codeó a su compañero para que regrese a ver lo que estaba sucediendo, haciendo el siguiente comentario:

- Don Jorge ha sabido tener buenas amigas

- No seas tonto José, que no te das cuenta de que no es una mujer? Ese es Nicolás, el hijo menor de Don Jorge, al que lo botó de la casa por ser como es…

- Ah, ya recuerdo, pero si que parece toda una mujercita – y diciendo esto lanzó un chiflido impropio para el lugar y el momento.

Al sentirse descubierta, la figura femenina emprendió una rápida escapada, un poco tarde porque ese chiflido alertó a los demás taxistas, quienes empezaron a hacer sonar las bocinas. No se hicieron esperar tampoco los piropos abusivos.

En su carrera para buscar la libertad del anonimato que las grandes ciudades prodigan a sus habitantes, resbaló y rompió su vestido largo y negro, dejando ver sus glúteos truqueados a base de esponjas y trapos, lo que aumentó su humillación.

Corrió hacia la calle, esquivando la fiebre amarilla en forma de procesión de taxis que salían del camposanto. Lo único que pudo hacer fue embarcarse en un autobús que estaba estacionando en una esquina

esperando poder transitar a pesar de la presencia de tanto taxi.

¡El show del sepelio había sido completo, no sólo habían presenciado los intentos suicidas de su viuda tratando de ser enterrada viva con su difunto esposo, sino que también habían visto luego de un par de años a Nicolás, el hijo o hija o lo que sea de Don Jorge, correr semidesnuda por el camposanto!

Ese sepelio sería recordado por mucho tiempo en Quito, hasta casi volverse una leyenda urbana acerca de la presencia del espectro de la llorona travesti y nudista.

Capítulo 2

Capitulo segundo

Ella llegó a la puerta de entrada de su pequeño departamento con el corazón palpitante en una mano y tapándose las nalgas truqueadas con la otra.

No había sentido tanta humillación desde hace un par de años, luego de que su padre la botó de la casa al encontrarla desnuda en el asiento trasero del taxi de la familia con un hombre un poco mayor. Intentó persuadir a su padre de que lo presenciado no era nada sexual, sino que era un amigo taxista de otra cooperativa quien le estaba enseñado como mejorar la conducción de retro para poder parquear en espacios reducidos.

Esa había sido la última noche en que ella, se auto reconocería como Nicolás.

Sin tener donde ir, fue a parar a la casa de su amiga Fernanda. La conoció una madrugada, cuando al volver al hogar paterno, luego de un día agotador tras el volante, ésta le había hecho detener el taxi para pedirle que por favor le ayude con una carrera hasta su casa, pues en una redada en el bar de la Taty, estuvieron a punto de llevársela detenida por no tener papeles. Afortunadamente había logrado escaparse por la ventanilla del baño para luego darse a la fuga por las calles del centro de Quito.

Durante su carrera se había dislocado un tobillo, porque no es lo mismo correr con zapatos de deportes que hacerlo con zapatos de aguja de diez centímetros, en estado de ebriedad y con la policía pisándole los talones.

- No seas malito, sálvame que me viene siguiendo la policía y yo soy inocente

- Yo no quiero problemas, búscate otro que te ayude

- Pero soy inocente, si me agarra la policía me llevaran al calabozo y ya no quiero volver a pasar por una violación – y empezó a llorar desconsoladamente

- Ya, está bien. ¿Dónde vives?

- En La Tola

- Son tres dólares

- No tengo dinero, perdí mi cartera en la carrera, pero a cambio te doy este par de gafas Prada – y extendió un par de gafas negras que se notaban de muy mala calidad

- Esta noche me ha ido bien en el trabajo y hasta me han dado propina por llevar a una gringa al aeropuerto; Ya, está bien, ¡súbete!

La llevó hasta La Tola, la ayudo a bajar del taxi y a entrar a su cuarto-vivienda por la única ventana, pues en la cartera perdida, también estaban sus llaves. Luego la acomodó y desvistió antes de meterla en un pijama. Sentía cierto morbo al irla desvistiendo pues quería conocer como era una travesti desnuda, sin nada que ocultar. Fernanda estaba tan ebria que no le importó que un extraño la vea desnuda al natural; total, ya estaba acostumbrada a dar show de streap tease al cachero de ocasión, uno más no marcaría gran diferencia.

Fue así como descubrió que sus nalgas y senos eran producto de esponjas y trapos que hacían el milagro de darle una silueta femenina. Su ropa interior de encaje negro transparentaba su diminuto sexo flácido. Además, tenía varias envolturas de cinta de embalaje a nivel del tórax, abdomen y cintura, para formar un poco sus senos y rebajar centímetros en sus medidas. A diferencia de las orugas que se envuelven en sus hilos de seda para formar una crisálida y luego de un período relativamente corto romper su jaula para salir transformadas en bellas mariposas, las travestis se envuelven en cinta de embalaje, cuerdas, corsé y otros artilugios para poder ser bellas mariposas, sin importar el dolor que puedan experimentar, aunque cada noche al romper sus hilos de seda vuelvan a convertirse nuevamente en orugas.

"Es difícil tratar de ser lo que uno quiere" pensó en esos momentos. Después pasó a revisar el tobillo; estaba inflamado. Improvisó unas vendas con un par de bufandas y luego de arroparla y tranquilizarla, la dejó semidormida. Después salió sigilosamente del cuarto-vivienda de la Fernanda.

Arrancó su taxi pensando que el mundo estaba loco y al avanzar algo más de seis cuadras, se encontró con un letrero luminoso de una farmacia de turno. Vaciló entre detenerse o continuar su camino, sin importar el destino de la travesti. Finalmente se detuvo frente a la puerta del local; decidió ser solidario con alguien abiertamente diferente al resto, tal como le gustaría ser a él.

Compró desinflamantes y analgésicos para mitigar el dolor, un mentol chino y unas vendas. Regresó al cuarto-vivienda y antes de despertar a Fernanda para curarla, repasó cada objeto que había en las paredes, anaqueles, portarretratos, ropas, espejos y cajas de cosméticos.

Tomó un lápiz labial, de color rosa pálido. Aspiró su aroma a cereza y cebo, se miró frente al espejo y se pintó los labios por primera vez. Se puso una pañoleta a lunares cubriendo su cabeza y cuello, luego tomó las gafas Prada y se las colocó; se miró al espejo y fue en ese momento cuando finalmente vio la luz al final del túnel; ya sabía lo que quería ser.

Ese día, cuidó de la Fernanda hasta que a ésta se le pasó la borrachera y le bajó la hinchazón del tobillo. Ese fue el inicio de una nueva amistad.

Cuando Nicolás fue expulsado del hogar paterno, Fernanda lo recibió con los brazos abiertos, como a su hermana menor y la transformó en menos de lo que canta un gallo en Dara Smith, ama de la tecnocumbia y otros ritmos tropicales. Desde ese entonces se volvieron inseparables: como un ceviche con cerveza, o el ron con cola, o la guatita con aguacate o el mote con chicharrón.

De hecho, en el bajo mundo las conocían como: Uf y Puf, o la Fifiriche y la Fufurucho, o la Bella y la Bestia; este último apodo fue cambiado posteriormente por la Bestia y la Menos Bestia una noche que Dara se embriagó y se despelucó al caerse de la pequeña tarima del bar de la Taty. Dara era considerada guapa, no así Fernanda; por eso todos los apodos apuntaban a sus diferencias físicas. Ellas no dejaban que ningún comentario atrevido con respecto a su aspecto físico perturbe su tranquilidad. ¿Acaso hay alguien libre de pecado que pueda juzgar la belleza interior? Claro, descartando a: Jaime Enrique Aymara, Sharon, Máximo Escaleras, Aladino, Jazmín la Tumbadora, Ángel Guaraca y Candela y Son, que eran sus íconos y divos y divas.

Seguía pensando en la muerte de su padre mientras iba subiendo las gradas de su modesto departamento, recordaba aquella noche en la que su padre no presentó ningún tipo de apiado y la lanzó a la vida del estrellato en la que llevaba sobreviviendo dos años.

Aun así, era su padre y le debía respeto. Lo quería muy, muy, muy en el fondo y entendía que, para alguien tan mayor, aceptar este tipo de preferencias sexuales resultaba casi imposible, pero aun así era su padre y debía darle el último adiós.

Abrió la cerradura de la puerta principal con un poco de dificultad, como si ésta hubiera sido falseada; entró a casa presurosa. Notó algo raro en la disposición de los muebles. Un sudor frío recorrió su espalda, tenía un mal presentimiento.

Se dirigió inmediatamente a su cómoda, donde guardaba sus objetos de valor. El candado que celosamente resguardaba sus secretos y tesoros estaba abierto y doblado hacia un lado.

Abrió el cajón donde había estado ahorrando unos dolaritos para poder pagar la deuda que tenía con el banco y que le había permitido abrir su propia peluquería. Confiaba más en el colchón bank, porque era una pesadilla retirar dinero de una ventanilla bancaria, pues la foto de su cédula con su aspecto actual difería notablemente. No quería volver a tener que contar la historia de cómo Nicolás ahora es Dara.

Encontró el cajón vacío. Habían desaparecido los US$3.000 que le permitirían saldar la deuda. Se dirigió inmediatamente hacia el armario, encontrando que sólo estaban sus prendas. Faltaba la ropa del cachero al igual que un par de maletas que había comprado en un viaje que hizo a Guayaquil.

Tratando de mantener la compostura y evitando llorar de coraje, porque se le podía correr el rimel comprado en la calle Ipiales y que no era "waterproof" porque esos cuestan mucho y estaba en economía de guerra; se armó de unos jeans, una blusa y unas botas cómodas y se lanzó a buscar al desgraciado, mozo mantenido, marido puñetero, hijo de la serpiente y otras alimañas ponzoñosas.

Al llegar al billar de la esquina, preguntó a la Taty, la dueña del lugar, si había visto al malparido del Jonathan. Ella le comentó que si, que había pasado por ahí hace un par de horas, llevando un par de maletas y cierta prisa por irse al Terminal Terrestre, probablemente con rumbo a Colombia porque de allá dizque era oriundo.

Viéndose perdida por el pésimo día que tenía y con la desventaja que marcan esas dos horas, se dirigió a la policía para hacer una denuncia formal, a ver si detenían al Jonathan en la frontera, antes de que pase a Colombia.

Se presentó con el oficial de turno y este le pidió que reporte el caso.

- Verá oficial, mi novio, o más bien ex – novio (haciendo hincapié en la palabra ex) me ha robado tres mil dólares, y se dirige a la frontera con Colombia, necesito que lo arresten para que me devuelva mi dinero

- Cuáles son los datos de su ex – novio (e hizo el mismo hincapié en la palabra ex al igual que ella)

- Se llama Jonathan Marulanda pero lo apodamos la Ranita porque es pequeñito

- O sea que es menor de edad? Sabe usted que es ilegal la pedofilia

- No, no es menor de edad, tiene 19, tres años menos que yo

- O sea que usted abusó de la confianza de un menor adulto?

- No, no oficial, nos conocimos en el bar de la Taty, en el barrio, hace seis meses… - y fue interrumpida bruscamente por el oficial

- O sea que usted trabaja en una barra? ¿O es un burdel?

- No oficial, yo trabajo por mi cuenta

- O sea que usted ejerce por cuenta propia? Yo creo que usted fue quien se robó el dinero y ahora trata de confundirme acusando a un menor adulto de robo para traerlo junto a usted para seguir corrompiéndolo… siga, adelante, continúe con la historia que lo único que está haciendo es hundirse por su propia boca.

- No oficial, no entiende usted, a mi me ha robado y me ha engañado, me ha dejado en la calle

- Pero no dice que usted trabaja de autónomo? Debo suponer que lo hace en la calle y es allá donde debería regresar en este momento. ¡Le ordeno que mejor se retire o tendré que detenerlo para investigaciones y la va a pasar muy mal… ya sabe, esas historias de violaciones en las cárceles puede que sean verdaderas!

Sintiendo que era una guerra perdida, pues la justicia no existe para alguien diferente, optó por salir del recinto policial y dirigirse nuevamente a casa, pero haciendo una escala técnica en el bar de la Taty para quitarse las penas con un par de cervezas.

Al llegar ya estaba prendida la fiesta, la Taty había puesto un CD de Sharon y la Fernanda estaba bailando en una pequeña tarima junto a la barra. Al verla entrar, la Fernanda se abalanzó sobre Dara para darle las condolencias respectivas mientras pedía a Taty que le cargue una cerveza a su cuenta.

Las quejas de que no hay justicia ni temor a Dios se hicieron presentes en los labios de Dara Smith, maldiciendo el día que conoció al cachero, una noche de lluvia en el bar. El pobre estaba empapado, sin dinero, muerto de hambre y sin tener donde dormir. Cómo buena samaritana le ofreció darle posada esa noche y si de pronto algo pasaba en buena hora. En efecto, paso de todo y el cachero ya no se quiso ir del departamento de Dara, por más que lo sacó a la calle en múltiples ocasiones.

Se había convertido en su mozo mantenido, marido puñetero, hijo de la serpiente y otras alimañas ponzoñosas, dueño absoluto de su vida y como vil sanguijuela, chupaba los recursos de Dara, porque él era el hombre de la relación, aunque en la cama muchas veces era él quien mordía la almohada – de borracho no me doy cuenta de lo que hago – se repetía

una y otra vez para no aceptar que le gustaba “la maldad” por los dos lados.

Fernanda hizo el recuento de cuántas veces le había dicho que el hombre no le convenía, que apenas si era bueno para hacerle “la maldad” pero aparte de eso era un parásito. Incluso juntas recordaron la anécdota de la mujer araña que va así:

Una noche que Dara había salido a bailar con sus amigas sin pedir permiso al hombre, llegando muy tarde en la madrugada y con olor aguardentoso, el hombre la estaba esperando al final del estrecho pasillo de gradas que conducía a su departamento. Estaba encabronado y lanzaba oprobios e insultos a la pobre Dara.

Cuando ella había alcanzado el último peldaño, intentó besarlo para apaciguar su ira. Desde esa posición los dos medían lo mismo, porque él era pequeñito en comparación al metro ochenta y dos que medía la diva. Este esquivó el beso y la empujó de espaldas gradas abajo mientras le decía – ¿por qué no te mueres de una buena vez y me dejas todo lo que tienes? – y sus ojos se tornaron rojos y malvados.

Dara, en ese imperceptible instante flotando por el aire, se dejó guiar por su instinto de conservación que la llevó a extender las manos y pies, quedando colgada del estrecho pasillo, salvándose así de una posible fractura de espalda o de la muerte. Cuando recreaba la historia, adoptaba la pose en cuestión y era indudable que esa noche se había convertido en la mujer araña, capaz de trepar por las paredes y lanzar telarañas para quedar colgada en el estrecho pasillo de gradas de su casa.

Momentos después, el cachero, arrepentido de sus actos, la había llevado a comer encebollado al mercado a modo de disculpas por sus celos infundados. Por supuesto que los encebollados los tuvo que pagar Dara.

Compartir historias como estas hacían que su amistad creciera día con día.

Capítulo 3

Capitulo tercero

Al día siguiente y aun con cierto malestar causado por tanta cerveza en la barra de la Taty, Dara se duchó, talqueó, truqueó y acicaló para ir a hablar con la gerente de crédito del banco al que debía dinero.

Tuvo que aguardar un rato en la sala de espera, ante la atenta mirada del guardia, quien tenía una mano en el revolver, listo para ser desembolsado y la otra en la bragueta, muy cerca de su "recortada", preparada para ser "desembolada" ante cualquier mínima señal de aceptación por parte de Dara.

La pantalla mostró el número que correspondía a Dara para ser atendida, la gerente al verla le pidió que aguarde un momento más e hizo pasar al siguiente y al siguiente y al siguiente. Cuando ya no hubo más gente que atender, por fin la hizo pasar a su escritorio, pero antes retiró del alcance de sus manos unos cuantos adornos que tenía, "por si acaso" ya que conocía que las travestis son super-hiper-extremadamente mañosas y ésta no debía ser la excepción.

La gerente de crédito escuchó con atención el caso del robo y el pedido de renovación del crédito para poder cumplir con sus obligaciones y no quedar mal ni ser embargada. Hizo como que tomaba notas en su agenda pero en realidad había dibujando un par de estrellas, una casa con chimenea y un carro saliendo de la misma.

Le pidió que aguarde un momento para intentar convencer al gerente de la agencia de que se trataba de una situación excepcional para ver de que forma podían ayudarla. Antes de ausentarse por unos instantes de su escritorio, hizo una seña al guardia para que esté atento de los movimientos de este cliente tan particular.

El gerente desde su oficina acristalada se acomodó los lentes y frunciendo el seño hizo un ademán con un dedo de la mano, mientras arengaba a la gerente de crédito de que comunique su decisión lo antes posible y se deshaga de esa poco grata clienta.

La gerente le comunicó a Dara de que el gerente había aceptado otorgarle una semana adicional de plazo para que cumpla con su deuda bancaria o sería embargada. Sin tener más que decir, la increpó para que se apresure en conseguir el dinero y que ahí sentada seguramente no podría hacerlo.

Dara recordaba que un año atrás, había ido al banco vestida como Nicolás, cuidando de no tener muchos ademanes y la misma gerente de

crédito la había tratado de manera muy cordial y hasta se habían dado el gusto de piropearse mutuamente. Ahora como Dara el trato fue seco y parco.

Al acercarse a la puerta, el guardia agarró por encima de la bragueta su "recortada" y le guiñó, esperando concretar un punto vago para esa noche.

Sintió nuevamente esa sensación de opresión y persecución de la que era sujeto cada vez que abandonaba sus sitios seguros: departamento, peluquería y el bar de la Taty. El mundo exterior puede ser muy cruel con personas diferentes como ella.

Abrió la puerta y trastabilló. Caerse ya se estaba haciendo una suerte de rutina en su vida. Su bolso se abrió y todo su contenido se desparramó por el suelo. Con lágrimas en los ojos al saber que reunir esa cantidad de dinero en una semana era casi imposible, pero sin resignarse a darse por vencida, se dispuso a recoger el contenido, de repente una mano amiga la ayudó a hacerse nuevamente de los objetos desperdigados.

- Por qué una chica tan linda debe llorar bajo un cielo turquesa como hoy?

Levantó la mirada y se encontró con los ojos de un hombre de aproximadamente 26 años, algo llenito pero de facciones atractivas. No atinó a decir nada y apenas si agradeció con su mirada.

Se retiró rápidamente del banco, sin siquiera regresar a verlo pues ahora tenía tamaño problema que resolver y en su mente la pregunta de cómo salvar su peluquería daba vueltas sin parar.

Caminó de regreso a casa; necesitaba despejar sus ideas. Si antes ya estaba en economía de guerra, ahora estaba en economía de refugiada. Hasta el pasaje del autobús le resultaba costoso. Tenía tanta rabia que ni siquiera se fijó en los escaparates anunciando saldos y liquidaciones. Su mirada apuntaba hacia delante pero sus pensamientos estaban bloqueados en su pasado reciente: el daño hecho por el mozo mantenido, marido puñetero, hijo de la serpiente y otras alimañas ponzoñosas, la gerente de crédito y el guardia impertinente y morboso.

Había olvidado al samaritano que la había ayudado a recoger el contenido de su bolso. ¿Cómo puede ser posible que martillemos con las ideas negativas y no recordemos las buenas acciones que la gente puede tener para con nosotros? Ese es un gran misterio; quizás porque es más fácil aceptar la maldad que la bondad.

Llegó a su gabinete de belleza, que lucia limpio y ordenado pero no muy ostentoso. Las sillas de atención y la sala de espera habían sido

compradas de segunda mano a una amiga que había decidido emigrar a Europa, porque dizque allá las travestis son el éxito. Había espejos en dos paredes contrarias; en las esquinas de los mismos estaban colocados pequeños postres publicitarios de una marca de colorantes, indicando la tendencia de este año para llevar los cabellos a la moda.

En la mesa de centro de la pequeña sala de espera había revistas de moda, chismes y tendencias, así como el diario El Extra que mostraba como gran titular: "Travesti encontrada descuartizada en la vía a Daule", desentonando con todo el glamour mostrando en las otras revistas.

En un rincón, al fondo del local y junto al baño estaba un lavabo que tenía un aditamento para lavar los cabellos de las clientes y que la Fernanda lo hacía mejor que nadie. Inclusive hubo clientas que se quedaban dormidas al ser masajeadas con shampoo y rinse. Fernanda tenía fama de poseer manos mágicas. Inclusive maquillaba mejor que Dara, pero no cortaba los cabellos mejor que ésta, por lo que hacían buena pareja de trabajo.

Había ingresado a su negocio buscando la seguridad de sus cuatro paredes; su íntima amiga, la Fernanda, la interceptó mientras Dara aun estaba de pié, intentando llegar al baño, para entregarle un sobre; aparentemente era de un abogado. ¿Otra racha de mala suerte? ¿Habrá acaso cuerpo que pueda aguantar tanta desgracia?

Abrió el sobre y se encontró con la citación para la lectura del testamento de Don Jorge, la misma que sería al día siguiente.

Arrugó el papel y lo lanzó al cesto de la basura. No quería saber nada de su familia ni de lo que por ley le correspondía de la herencia. Se podían quedar con toda su parte de la herencia, porque ella sabría como salir adelante sola, como en los dos últimos años; pero esta citación requería de su presencia "quasi" obligatoria.

Maldición!!! debía estar frente quienes la habían repudiado por ser como era.

Fernanda adivinó los pensamientos de Dara; le tocó el hombro y sólo atinó a decir: - es de hombres saber cuando dar la cara y de travestis saber ocultar lo que sufrimos; mejor si vas bien maquillada para que no vean tus ojeras – Eso fue suficiente para que decida ir al día siguiente a la lectura del testamento de Don Jorge.

Se acercó al cesto de basura, se inclinó y recogió el papel que segundos antes había tirado. –mejor lo hubiera roto – pensó mientras de mala gana lo planchaba con las manos para leer con claridad la dirección de la notaría, al menos hubiera tenido un pretexto para excusarse de ir a ver a

su familia.

Estaba ensimismada en sus pensamientos y sentimientos, recordando los momentos felices con su padre y también el día que la sacaron de la casa; recordaba también cuando no la dejaron visitarlo en el hospital y también cuando se enteró de la noticia de su deceso. Estaba revisando toda su vida desde que se transformó en Dara, cuando empezaron a llegar las primeras clientas al gabinete de belleza, sacándola de su sopor.

Esa tarde tuvieron mucha clientela, la mente se mantuvo entretenida en arreglar cabellos y no hubo tiempo para pensar en su pasado, presente y futuro.

Que delicioso resultaba dejar descansar a las neuronas, liberarlas de tantos problemas sin necesidad de recurrir a la cerveza nuestra de cada día. Esa noche se retiró a su departamento con unos pocos dólares en la mano para empezar a ahorrarlos, pero ya no en el cajón de la cómoda, sino bajo la tapa del tanque de agua del retrete, por si acaso regresara el hombre aquel, la Rana maldecida, mantenida y puñetera.

Al llegar a su vivienda, repasó su armario. No sabía si debía agarrarse el cabello y esconderlo debajo de un sombrero e ir con ropa masculina (sólo tenía un traje pasado de moda y en desuso) o ir vestida como mujer, pero no como cualquier fachosa sino como una mujer bonita. Le tomó dos horas probarse ropa y elegir un traje sastre pret-a-porter gris comprado en la calle Ipiales, con una blusa blanca, aretes discretos y zapatos negros con el tacón un poco desgastado. Era mejor ir discreta y con colores de duelo.

Se maquilló y desmaquilló varias veces, tratando de escoger los colores que mejor disimulen sus ojeras y su nariz un poco larga. Luego se puso rulos en los cabellos, de esos de esponjas para acto seguido irse a la cama.

Tardó en conciliar el sueño pues la excitación de verse nuevamente frente a frente con sus familiares era mayor a su cansancio.

Finalmente se quedó dormida, soñando cuando era pequeño y jugaba con su padre a las escondidas…

Capítulo 4

Capitulo Cuarto

Llegó puntual a la cita a la Notaría. Como era ya su costumbre, trató de no llamar la atención, ubicándose cerca de la puerta y detrás de todos los familiares, alejada de la mesa de reuniones, para escuchar la lectura del testamento de Don Jorge. Apenas si saludo parcamente con los presentes.

Su madre aun seguía con el melodrama de los llantos. Carlita agarraba su mano izquierda mientras que un ansioso Jorge Jr. esperaba la lectura del testamento para saber que le había dejado su difunto padre.

Frente a la mesa de reuniones se encontraba Don Asdrúbal, actual presidente de la Cooperativa de Taxis 5 de Julio y junto a él se hallaba el secretario de esta, Don Bolívar. Ellos habían sido testigos de la redacción del nuevo testamento de Don Jorge y estaban ahí para legitimar lo que se estaría por leer.

El notario hizo su presencia en la sala de reuniones, todos se pusieron de pié. Luego de comprobar la presencia de los deudos, procedió a indicar que el sobre conteniendo el testamento se encontraba debidamente lacrado y acto seguido lo abrió.

La lectura al principio fue de asuntos legales de forma y que van quiera o no para indicar el derecho del ahora occiso de redactar su testamento de la forma que más convenía a sus intereses.

Cuando por fin llegó la parte que interesaba a todos, los ojos de Jorge Jr. parecían dos platos, mientras que Carlita dibujaba una sonrisa hipócrita en los labios.

… Mis queridos familiares, espero que acepten mi última voluntad y no hagan preguntas de por que hice lo que hice, saben que los quiero a todos y he considerado que lo siguiente es lo mejor para cada uno:

Para mi amante esposa, o sea, mi viuda, Si, a vos me refiero Angela, a vos te corresponde el 50% de la herencia, pero no he querido dejarte la casita de La Magdalena, sino la casita en Guayllabamba para que goces de buen clima, vos que eres medio enferma de los reumas. ¡Esa casita es para vos! Allá vas a estar rodeada de los árboles de chirimoya y guabas, podrás salir a caminar todos los días y hasta estarás cerca de la Carmita para que puedas chismear con ella como en los viejos tiempos cuando vivíamos cerca. ¡Par de viejas chismosas! ¡Ahora si podrán darle al jarabe

pico!

A mi hijita la Carlita, a vos te dejo en cambio la tienda de abarrotes que pusimos con tu mamá en la casa de la Magdalena, ese local con todo lo que tiene incluyendo las escrituras para que vos veas si lo quieres arrendar, vender o conservar. Es tuyo mamita, porque vos fuiste una buena hija, medio pendeja que te dejaste hacer un guagua por el Luís Moreno pero ya está hecho!

A mi hijito el Jorgito, a vos te dejo el departamento de La Magdalena, el que está arriba del local de la tienda de abarrotes que ahora es de tu hermanita la Carlita. Ya se que le pelabas el ojo desde hace tiempo, por eso te lo dejo a vos. Cuidadito con tratar de cobrarle arriendo o expensas a tu hermanita, mira que el abogado ya tiene lista la declaración de propiedad horizontal para que no le juegues Barcelona. Tu hermana por ser medio shunsha merece todo tu apoyo, verás be bruto.

Y por último, a mi hijita la Dara Smith, a quien he querido con toda mi alma, vida y corazón y no he tenido la dicha de ver por algún tiempo y que sé que me odia por mis errores del pasado, si, a vos hijita, a quien no me importa en que envases vengas siempre serás mi hija bienamada y adorada y te quiero como eres, y si volviera a tenerte, te querría igual a como eres ahora, sin cambiarte nada. A vos te debo pedir que me perdones, por no haberme dado tiempo a cuenta que eres especial. Si tan sólo hubiera sido un poco sabio para ser tu amigo y no tu padre.

Jorge y Carlita, espero que respeten a su hermana Dara y no intenten hacer nada contra ella, porque la misma sangre corre por sus venas. La sangre no atenta contra la sangre.

Sus hermanos regresaron a verla, con indiferencia, como si las palabras de Don Jorge fueran piedras lanzadas al río, dejando apenas ondas perecederas en el tiempo y la memoria. No significaban nada para ellos las reflexiones de su difunto padre. En todo caso, la herencia estaba ya asegurada para su madre y para cada uno de ellos, ya no habría necesidad de pelear por unos centavos más o unos centavos menos.

Estaban seguros de que no le correspondería nada a Dara, porque desde que ella se fue de casa, su padre empezó a padecer de melancolía en detrimento de su salud, no por la falta de su hijo, sino por no haberlo sabido educar. La verdad era que Don Jorge pensaba en Dara como el hijo pródigo, que un día regresaría a casa con la certeza de saber que quiere ser en la vida, luego de recorrer mundo y de estrellarse y levantarse una y otra vez. No pudo ver realizado su sueño pues la muerte lo sorprendió una tarde, al levantar un cilindro de gas que debía reponer en la cocina. Tres días después de haber ingresado al hospital, en el parte legal se anotó

“embolia” como causa del deceso.

Dara, cerca de la puerta, se quedó petrificada al escuchar las disculpas póstumas de Don Jorge; no las esperaba. Sentía pesar de no haber insistido en verlo en el hospital, no porque lo odiara, sino porque creía que él la odiaba a ella y no quería debilitar su ya desgastada salud con su presencia. – Las cosas no son lo que parecen – se le escapó de los labios, como un pensamiento fugaz y apenas audible para las demás personas presentes en la sala de reuniones de la notaría.

No quedaba mucho de la herencia para repartir ni tampoco le importaba hacerse de enseres o álbumes de fotos amarillentas. Las disculpas eran la mejor herencia que su padre pudo haberle dado.

El notario continuó con la lectura del testamento.

Dara, aun recuerdo que en las navidades me pedías siempre autos Tonka para jugar, yo pensé que seguirías mis pasos y serías taxista. Te encantaba salir a trabajar conmigo e inclusive saliste en el auto ese par de meses que tuve la operación de la vesícula y trajiste dinerito para la casa. Por eso me alegro de haberte hecho sacar la licencia profesional para que siempre tengas una profesión de emergencia.

Por eso, a vos te dejo el taxi.

Bueno chugcha, ¿qué esperaban? ¿Qué les deje un millón de dólares? Ya pónganse a trabajar, que no fui rico. Al menos no les dejo con deudas.

Dense un abrazo y agradezcan al abogado y a mis testigos. Se acabó, fin.

Dado y firmado en Quito el 12 de febrero del 2008

Dara recordaba que efectivamente, de niño le gustaban los autos Tonka, con los que jugaba, pero no eran los típicos juegos de hacer construcciones o trazar carreteras. Solía robarse las barbies y peluches de su hermana y organizaba desfiles y carros alegóricos de Miss Universo. Las barbies saludando a los ositos de felpa. Soñaba con estar algún día subida en un auto alegórico y ser una barbie, coronada y proclamada Miss Universo.

Recordaba también que salió a trabajar ese par de meses que su padre tuvo que estar en cama por la operación de la vesícula. Le gustaba sentirse libre, casi como si pudiera volar y ser alguien diferente cuando estaba tras el volante. Es cierto también que en esa época había tenido algunas propuestas subidas de tono para que ofrezca un servicio adicional a los pasajeros y lo hizo con gusto, así fue como descubrió que el asiento

trasero era muy cómodo para tales propósitos.

Inclusive una noche había olvidado su carné de conducir en casa y hubo batida. Para poder salvarse de ir a prisión había tenido que aceptar tener relaciones sexuales con el gendarme en el ya consabido asiento de atrás.

Hay la leyenda de que, al hacerlo en un auto, éste se amalea, pero Dara consideraba que más bien el auto se cargaba de energía puteril y cada cliente sentía el olor característico a feromonas, solicitando un "servicio especial" antes de llegar a su destino.

Si bien es cierto, al leer el testamento, su padre había aceptado su transformación e inclusive había respetado su nombre artístico, también era cierto que el viejo desgraciado donde quiera que estuviera seguiría riéndose, por que: ¿cuándo se ha visto una taxista travesti en las calles de la ciudad? En todo caso, no pensó que recibiría nada de su padre, pero ahora tenía un auto y el reconocimiento de su identidad como Dara. Las cosas empezaban a cambiar en su vida, sin saber si serían para bien o para mal.

¡A pesar de todo, la herencia del taxi era una forma de coerción de su libertad de vestirse como había decidido! Con ropas de mujer, pero de mujer bonita, no de cualquier fachosa que parecería chico con ropas de mujer. No podría ser taxista y vestir como chica, resultaría atípico y hasta peligroso, con tanto loco que anda suelto, asaltos, violaciones y asesinatos en las vías.

Lo mejor sería vender el auto, saldar la deuda con el banco y quedarse con algo de capital para incrementar su negocio o hacerse siliconear las pompis y chichis para evitar truquearse a diario con esponjas y trapos.

De todas formas, su padre la había salvado de la bancarrota, aunque el tiro le saldría por la culata, ¡porque él nunca consideró la idea de que la herencia se pudiera vender! Los documentos estarían listos en un par de horas y sería oficialmente la poseedora del taxi de la familia.

Jorge Jr. y Carlita se acercaron al notario para verificar la legalidad del testamento. El Notario se sintió ofendido e interpuso a los testigos para que confirmen cualquier sospecha de fraude por parte de "Los Angurrientos". Finalmente se dieron por vencidos, se les había escapado de las manos una parte de la herencia.

Dara sólo se movió de su puesto cerca de la puerta para firmar los documentos. Dos horas más de fingir que le importaban un ápice sus hermanos y sus putas vidas. Carlita estaba obesa y Jorge Jr. con más canas y una calvicie impresionante. ¡Les hacía falta una dosis de glamur!

Pero no sería ella quien se las daría.

La reunión terminó con la hipocresía del caso. Un abrazo fingido entre hermanos. Su madre prefería seguir llorando para que sus lágrimas tapen la visión de su hijo Nicolás vestido con ropas de mujer, pero no de cualquier mujer, sino de mujer bonita, haciendo palidecer de envidia a su hermana Carlita. Había sido su madre quien aconsejó a su padre que la mande a la calle, para evitar la vergüenza ante los amigos y vecinos y fue ella quien además impidió la entrada al hospital a Dara para no hacer sufrir a su padre en el lecho de muerte. Madre sólo hay una y justo le tuvo que tocar la suerte a Dara de tenerla.

Los testigos de Don Jorge serían los encargados de divulgar a manera de chisme, la lectura del testamento, para aquellos que se quedaron con las ganas de conocer los pormenores posteriores al sepelio – léase: toda la clase del volante –

El chisme se esparció como pólvora: en los billares, en los semáforos, en las gasolineras y a través de la radio de los taxis. Las apuestas no se hicieron esperar. ¿Será que Nicolás se convertiría en la primera travesti taxista de Quito? ¿O será que ella contrataría algún cachero para que le maneje el auto? ¿Cuánto tiempo le duraría el auto antes de que le hagan otra vez una mala jugada?

Capítulo 5

Capítulo Quinto

Una vez que terminó la parodia de los nomeolvides, llamaráscuandopuedas y asomarasteporlacasa, Dara, con las llaves en la mano, se dirigió al parqueadero para retirar el taxi que por derecho le pertenecía. Se colocó las gafas obscuras para que nadie vea las ojeras que tenía, producto del llanto, el trabajo agotador y el chuchaqui de dos malas noches anteriores.

Se acercó al auto con cierto recelo, como el ratón que primero percibe el olor del queso antes de decirse a tomarlo. Introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta y adoptando aires de gran señora tal como las que a diario veía en su negocio. Se sentó en el asiento del conductor. Encendió el auto como un acto reflejo, acomodó el espejo y cerró la puerta.

Al principio camaroneó un poco, ya habían pasado dos años desde que estuvo tras el volante. Además, conducir con tacones era una experiencia realmente nueva. Lo mejor sería llevar el auto a un patio de compra – venta de autos y negociarlo de manera inmediata, pagar la deuda con el banco y el resto del dinero usarlo para incrementar su negocio o quizás para siliconearse un poco por ahí, para dejar de usar esponjas y trucos en las caderas y pechos. En sólo un año había triplicado su clientela y hasta había podido darle trabajo a Fernanda, quien prefería gastarse el dinero que cobraba semana a semana en trago, hombres y ropa, en ese orden.

Conducía un Chevrolet 95 por las calles de Quito, en aparente buen estado pues su padre jamás había permitido alquilar el taxi a terceros. La tapicería había sido renovada hace un año y en la consola había una colección de varios Divinos Niños de La Merced, como señal de buena suerte. Del retrovisor colgaba un rosario que según contaba una y otra vez Don Jorge, había sido bendecido por su santidad el Papa Juan Pablo Segundo en su paso por Ecuador.

Sintonizó una emisora chichera. Sonaba una canción de Sharon La Hechicera. En el camino iba cantando a todo pulmón, sintiéndose de alguna forma cercana a su sueño de niñez de ir en un carro alegórico saludando a la muchedumbre.

En el trayecto, hubo personas que hicieron señales para que parara y pudiera ayudarlos con una carrera. No hubiera estado de más hacer unos cuantos sueltos antes de llegar al patio de compraventa de autos, pero mientras más rápido cerrara el trato, más pronto tendría el dinerito en las

manos y su tranquilidad económica y psíquica.

Escogió un patio de autos donde iba la mayoría de los taxistas cuando querían cambiar sus unidades; se parqueó sobre la avenida de los Shyris y al bajarse, escuchó como desde un auto que transitaba le lanzaron un piropo gracioso. Ahora no sólo se viste como mujer bonita, sino que además es la feliz propietaria de un auto y ese detalle marca una gran diferencia entre transitar por la ciudad tacones al piso que llantas a la vía.

Se acercó al mostrador ante la mirada de clientes y vendedores que no dejaban de verla, principalmente por su altura y después por el movimiento de sus caderas al caminar.

- donde está el gerente? – preguntó con su voz ronca peculiar

La recepcionista, o más bien dicho, la decepcionista (porque lucía vacunada contra la lujuria) le mostró el camino a la oficina, anunciándola ante su jefe.

Tomó asiento, dueña absoluta de la situación. Saberse dueña de un auto elevó en cuestión de minutos la autoestima de la muchacha. Si tan sólo hubiera ido al banco después de la lectura del testamento quizás no la hubieran avergonzado el guardia y la gerente de crédito.

- Quiero vender mi auto – dijo en tono serio, mientras se quitaba las gafas obscuras al tiempo que cruzó las piernas, tratando de emular a Sharon, pero no a la reina de la tecnocumbia, sino a Sharon Stone en Bajos Instintos.

- Qué auto tiene? Veámoslo inmediatamente con el mecánico y le diré en cuanto lo podríamos negociar, a eso hay que calcularle un 5% de comisión por la transacción

- Es un Chevrolet 95, "made in Japan" – dijo tontamente, para hacerse la importante, sin recordar que Chevrolet es norteamericano.

Pasaron a revisar el auto, a medir la compresión y comprobar el estado del chasis, neumáticos, frenos, amortiguadores, radiador, luces y el interior. Con la subida de los impuestos, los autos se habían tornado artículo de lujo. Se hubiera conformado con cuatro mil dólares considerando que el taxi ya tenía trece años. El dueño del patio, tomándola por la cintura la llevó nuevamente a la oficina.

- Calculo que podremos venderlo en cinco mil dólares, a eso hay que descontarle el 5% de la intermediación y cualquier otro gasto administrativo que se requiriera. ¿Tiene usted los papeles a la mano para

formalizar el negocio?

Fingió una tos seca, para darse ínfulas de mujer de negocios. Abrió su bolso, extrajo los papeles de la herencia y sus documentos personales. Suponía que tendría que volver a explicar la historia de por qué luce diferente en la cédula de ciudadanía y en el carné de conducir, pero al menos esta vez valía la pena dar explicaciones a un desconocido.

El dueño del patio de compraventa de autos usados revisó los documentos con atención y extendiendo los mismos hacia el rostro de Dara, preguntó con aire autoritario y hasta grosero:

- Pero ¿qué es esto? ¿Es usted o no la dueña del auto?

- Si, yo soy la dueña, acabo de recibirlo como herencia por parte de mi difunto papacito

- Pero acá dice que la dueña es una tal Dara Smith y usted me está presentando los papeles de un tal Nicolás Castro!

- Yo soy Dara Smith, pero antes me conocían como Nicolás Castro, soy yo la misma persona.

- Usted me está tratando de vender un auto robado, no puedo aceptar ese tipo de negocios en mi patio, por favor retírese de inmediato o llamaré a la policía para que investigue su caso.

- Es que usted no entiende, yo soy la misma persona; mi papacito me dejó el auto aceptándome tal como soy.

- Qué salga! ¡Que no quiero hacer negocios con gente mañosa como usted!

Dara, nuevamente humillada salió de la oficina y del patio de compraventa de autos usados, ante la mirada atónita de todos quienes estaban ahí y que habían escuchado que Dara es Nico, o que Dara es ladrona, o que Nico es Dara, o lo que sea que fuera, pero en resumen, era un persona que daba mala espina.

Dara se subió en el auto, se colocó nuevamente las gafas obscuras para que nadie pudiera ver sus ojos enrojecidos por la cólera y la ira de ser nuevamente tratada como delincuente.

Arrancó a toda prisa por si acaso hubieran dado alerta a la policía. Eran demasiados problemas para media semana.

¡Al parar en el primer semáforo, no pudo evitar gritar a todo pulmón! – Viejo hijueputa!! – y luego escupió al pavimento, por si acaso su

escupitajo acertara en los ojos de su difunto padre quien estaría viendo la escena desde el infierno, donde él estaría riéndose de su obra perfecta en demérito de la sexualidad y forma de vida de Dara.

Se dio cuenta de que Don Jorge no estaba arrepentido de haberla lanzado a la calle y al estrellato a pesar de las dulces palabras de su testamento. Había hecho una jugada maestra al dejarle el auto a nombre de Dara Smith, pues al no poder venderlo era casi una obligación que volviera a vestir con trajes de hombre para poder ejercer la profesión de chofer profesional.

- Viejo hijueputa – repitió, mientras encendía otra vez la radio para intentar calmarse y organizar las ideas.

Al cambiar el semáforo a verde, arrancó de prisa, con rumbo a su local comercial, en busca de un poco de consuelo por parte de Fernanda, quien se había hecho cargo ese día del gabinete.

Tenía tanto que contarle; su vida había cambiado radicalmente en apenas tres días. ¿Qué otra cosa podría ir mal hasta terminar la semana?

Iba tan distraída en sus pensamientos que casi choca con un bus urbano que se salió del carril sin previo aviso, sin colocar direccionales ni sacar la mano. Estaba tan furiosa que lo rebasó y lo insultó como era meritorio en estos casos: - busetero hijo de puta, mal parido por una mula, pon direccionales al menos – recibiendo por respuesta por parte del chofer del bus: - mujer tenías que ser para manejar tan mal – al tiempo que encendió las luces intensas.

Lo mejor sería bajar la velocidad y tranquilizarse, al menos hasta llegar a uno de sus sitios seguros.

Capítulo 6

Capítulo Sexto

Se parqueó frente al gabinete, pitó un par de veces para llamar la atención de Fernanda. Ella, intrigada, salió presurosa del local pensando que era algún cachero que pasaba a verla, lo que representaría diversión segura, aunque significaría cerrar el gabinete por unos minutos, esperando que su jefa no se diera cuenta de ese pequeño detalle.

Se sorprendió al ver a Dara tras el volante, usando sus gafas obscuras y escuchando tecnocumbia a todo volumen. Se acercó, con curiosidad para ver que había pasado.

Dara abrió la puerta del lado del pasajero y la invitó a entrar. Presurosa colocó sus posaderas en el asiento delantero al tiempo que saludó con beso en la mejilla. Dara hizo un ademán para que Fernanda cerrara la puerta. Una vez que estuvieron aisladas del mundo exterior, bajó el volumen de la radio. Aclaró la voz con una pequeña tos y empezó su elocución con un ya consabido:

- íntima, tengo mucho que contarte! – y ese fue el inicio de un monólogo dentro del taxi que duró al menos treinta minutos. Con lujo de detalles le narró que su vida era una mierda: que su papacito había muerto sin perdonarla… que "la ranita" cachera le había robado sus ahorros… que la habían discriminado en el banco, negándole una renovación del crédito… que el guardia se tocaba por encima de la bragueta, invitándola con esa señal a tener sexo express por ahí… que en la policía en lugar de defenderla por haber sido robada más bien la acusaba de pervertora de menores… que su madre no quería verla… que la decepcionista del patio de autos la había visto de manera rara, que la habían tratado de ladrona y por último, que casi choca el auto contra un bus que se salió de la vía…

A todo esto, y luego de escuchar con atención, Fernanda preguntó finalmente - ¿y este auto como lo conseguiste? ¿Te lo robaste? – y esa fue la gota que derramó el vaso. ¿cómo era posible que una travesti dude de la honorabilidad de otra travesti? No aguantó más y se echó a llorar desconsoladamente.

Al darse cuenta de su error, Fernanda la abrazó y le pidió disculpas. Una vez que se hubo tranquilizado, le contó la historia de la herencia y de la trampa que había hecho su padre, al haberle dejado el auto a nombre de Dara Smith y no de Nicolás Castro, impidiéndole vender el auto con facilidad, haciendo que de esta manera vuelva a involucrarse con la clase del volante, lo que representaba un choque muy fuerte, considerando que ellos son los hombres duros, machos castigadores y homofóbicos por excelencia (o al menos eso dicen antes de la tercera copa de

aguardiente).

- ¿A ver loca, déjame ver sí entendí bien? ¿no puedes vender el auto que te dejó tu papá porque no está a tu nombre? O sea, ¿está a tu nombre, pero no está a tu nombre?

- Si ñañita, eso mismo, está a mi nombre, pero al artístico, no al nombre legal y por eso no puedo hacer nada con el auto, es como tener y no tenerlo

- Pero puedes ir a la notaría donde se leyó la herencia para que puedan corregir el error, ¿verdad?

- Supongo que si, pero puede tomar mucho tiempo, o quizás no se pueda hacer porque en ninguna parte se menciona a Nicolás Castro. Inclusive con ese argumento, mis hermanos podrían intentar quedarse con el auto y dejarme sin nada. Si no fuera por mis problemas económicos no me importaría dejárselos.

- Entonces ya se, ¡me acabo de iluminar!, que te parece si nos vamos a Guayaquil a vender el auto, allá son menos complicados y conozco a un par de amigos (léase cacheros) que nos pueden dar una mano en la Comisión de Tránsito del Guayas, los conocí en una fiesta en la casa de la Vaquita Mu-Mu.

- Nos vamos, ¿así como así? No tenemos preparado nada para el viaje y apenas si tengo algo de dinero que gané el día de ayer.

- Íntima, esta es una emergencia, además, ¿qué puede ser peor en tu vida que te impida hacer un viaje de negocios?

Esta última reflexión hizo que Dara se decida y acepte el consejo de su amiga. Cerraron el gabinete, pasaron por la casa de cada una, recogiendo unas cuantas cosas personales necesarias para un viaje de tal envergadura: crema solar, perfume, condones, lubricantes, medias nylon, esponjas para traseros, profilácticos, anal esse, rimel, lápiz labial, pestañas postizas, camisinhas, crema lubricante sin base de aceite, rubor para las mejillas, sombras, peinillas, cepillos, preservativos, KY, binchas, una muda de ropa, zapatos, gomitas, cremita, afeitadora, pinza de cejas, base líquida mate, corrector de ojeras, pelucas, condones y lubricantes…

Armadas con todo lo necesario para sobrevivir a un viaje, se dirigieron a la salida sur de Quito, a una gasolinera, para llenar el tanque de combustible.

- Va a ser un viaje inolvidable, como Priscila, Reina del Desierto. Esta puede ser Sharon, Reina del Camino; debemos bautizar el auto con ese

nombre, ¡¡¡aunque parezca de flota manabita!!!

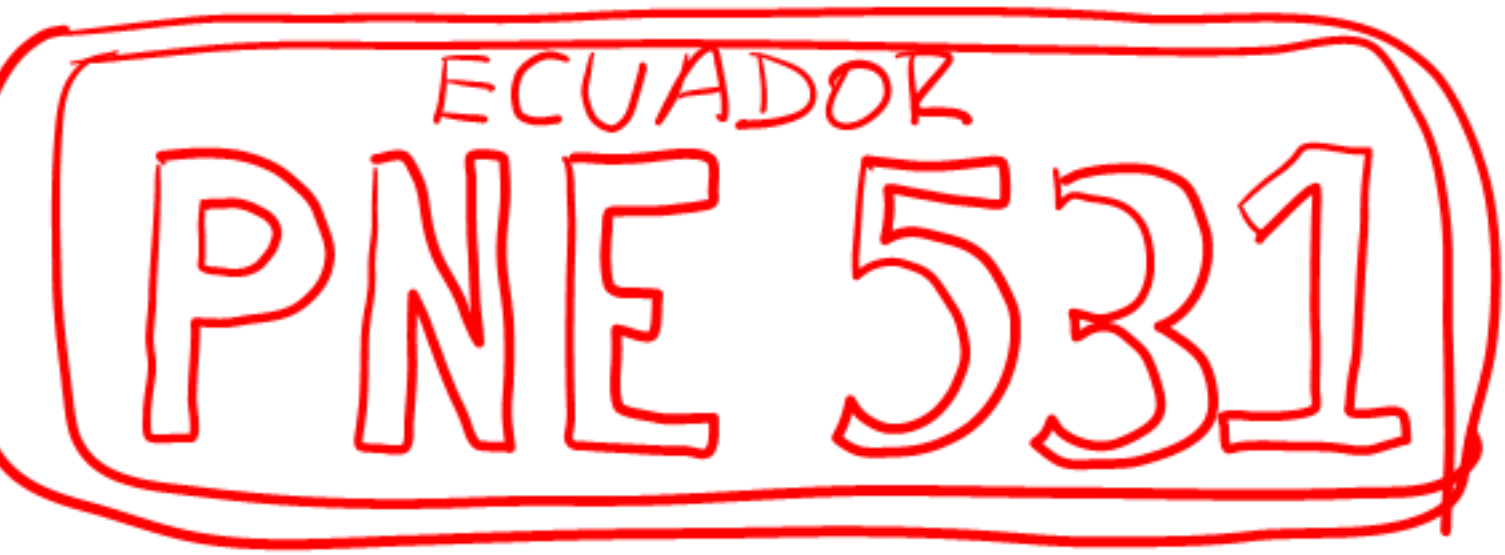
- ¡Íntima!, muy tarde!!! el auto ya tiene nombre; se llama: Enrique Estuardo.

- Pero como se te ocurre ponerle un nombre masculino al auto más gay de todo el Ecuador?

- Ven conmigo….

Y tomándola de la mano, la condujo hasta colocarse detrás del auto. Señaló con el dedo hacia la placa y le dijo: - este auto es macho, te das cuenta? ¡Tiene pene y lo usa todo el tiempo! –

Fernanda no disimulaba su cara de asombro al comprobar efectivamente que el auto tenía pene; la placa se leía:



Una vez que tomaron el camino hacia Santo Domingo de los Tsáchilas, Fernanda no pudo aguatar su curiosidad y preguntó a Dara: - ¿Por qué el auto llevaba ese nombre tan, tan, tan… de protagonista de novela mexicana? ¿Enrique Estuardo? -

Dara bajó nuevamente el volumen de la radio chichera y empezó a contar la historia del nombre del auto de la familia:

- Fue una tarde, a la salida del colegio Dillon, que me encontré con una gitana que prometió leerme el destino a cambio de un par de monedas. Yo no tenía nada que perder aparte de las monedas y el tiempo en escuchar posibles lisonjas y piropos de aquella gitanilla. Ella tomó mi mano izquierda y luego de verla detenidamente me dijo: - tú eres una persona especial, tu vida es cuesta arriba; vas a sufrir más que los demás, pero al

final tendrás muchas recompensas que serán producto de tu esfuerzo -.

Yo le pregunté que veía en la parte sentimental y me dijo que cuando estuviera preparada, aparecería una persona en mi vida con las iniciales E.E. y que juntos encontraríamos el verdadero amor. El primer nombre que se me vino a la cabeza fue Enrique Estuardo. Desde ese día bauticé al auto con ese nombre. Hasta mi mamá lo llamaba así porque luego de tantos años, el auto se convirtió en parte de la familia -

Fernanda no paraba de reír ante tan extraordinaria historia. Ojalá a ella le sucediera algo emocionante en su vida. Quizás este viaje sea la respuesta a sus plegarias, aunque sea un mero remedo de “Priscila, Reina del Desierto”, a bordo de “Enrique Estuardo, dos mujeres y un camino”

Capítulo 7

Capítulo Séptimo

Salieron de los límites del Distrito Metropolitano de Quito, ya se percibía el olor a aventura. Si todo salía bien, estarían llegando a la ciudad de Guayaquil a las nueve de la noche. Se hospedarían en un hotelito BBB: Bueno, Bonito y sobre todo Barato pero que tenga parqueadero, porque con tanto robo de auto ya no se sabe si lo que uno deja en la calle es carne o pescado. Al día siguiente contactarían a los amigos de la Fernanda para que las ayuden a negociar el auto que Don Jorge le había dejado.

Iban alegres, brujeando* de lo lindo y cantando cada canción de la emisora, especializada en música chichera y tecnocumbia. Se sabían todas las letras y hasta las coreografías. Era todo un espectáculo verlas rodando por la vía Aloag – Santo Domingo de los Tsáchilas. Cada vez que rebasaban a algún trailer, Fernanda sacaba la cabeza por la ventana y saludaba al chofer adoptando una pose "sensual". Daba la impresión de ser un perro de rico que por primera vez salía a pasear en auto. *(Brujear = chismear + hablar mal de alguien)

Usualmente recibían como respuesta el sonido del claxon y a veces hasta señales de que parqueen en alguna atarraya para concretar un posible "palo" que se percibía como intención de parte y parte.

En la carretera recordaron amigas en común, como la Ruffo y la Starry, conocidas en los bajos mundos como las "Gemelas Diabólicas", no porque se parecieran, sino por lo pegadas que siempre se las veía. Físicamente eran muy distintas: la una era alta y la otra mediana; la una era delgada y la otra rellenita, casi tirando a gordita; la una tenía los cabellos ensortijados mas la otra era lacia; la una era puta y la otra reputa.

Una madrugada, después de haber bailado y bebido en el bar de la Taty, habían ido a comer juntas a un restaurante que atiende las 24 horas en el sector de la Marín. El chico de la caja registradora no paraba de verlas de manera seductora e intrigante. Se veía como un buen prospecto para pasar bien cualquiera de las noches siguientes. Con santa paciencia, Starry había empezado a garabatear su número telefónico celular en una servilleta, utilizando un mondadientes a manera de canutero y la salsa de ají picante servido en un pocillo como si fuera tinta, pues ninguna de las dos llevaba un esferográfico en sus bolsos.

Media hora más tarde, con los primeros rayos de sol y entre coqueteos, sonrisas y caídas de ojos, se levantaron de su mesa para dirigirse a sus hogares. Al pasar por la caja, Starry entregó el papel con su número

telefónico al cajero. Este sonrió e hizo un ademán de que la llamaría.

En efecto, en la tarde de ese mismo día, el teléfono celular de la Starry sonó. Era el cachero de la caja registradora quien la había llamado tal como se lo hizo saber por señas. Después de los saludos de rigor, el cajero que se llamaba Oscar le preguntó: - ¿eres tú la gordita o la flaquita?- recibiendo por respuesta que era la primera. Oscar en ese momento contrarreplicó: - ¿me puedes dar el número de la flaquita que es la que me gustó, por favor? – Starry se sintió morir, pero más valía la solidaridad. No importaba quien se lo tiraría, lo importante es que el cachero se quede en la familia.

Finalmente, dos semanas después de uso y abuso, la Ruffo se lo endosó a la Starry para satisfacer la nueva fantasía sexual de Oscar: estar entre tres y ser penetrado y penetrar a la vez. Compartieron al hombre por algunos meses, en los que se ganaron el apodo de las Gemelas Diabólicas.

Dara y Fernanda reían con esas historias. A ellas no se les cruzaría por la mente hacer un trío, porque entre hermanas no puede haber ni un ápice de incesto.

El viaje se desarrollaba tal lo planificado, en horario y en recorrido. Dara era una muy buena conductora y a pesar de que no había cogido un auto en dos años, le quedaba el compás de buen músico. Se sentía nuevamente segura tras el volante, como si fuera un personaje de tira cómica con super poderes, llena de energía, revitalizada, Supermana, She-Ra, Catwoman, Meteora, ¡la Mujer Biónica!

Antes de llegar a Tandapi, sintió que el volante le halaba para un lado. Encontró en el camino un sitio para poder parquear, cerca de un abismo y frente a una pequeña cascada natural.

Se bajaron a revisar el auto y en efecto, tenían un tubo bajo. Era hora de dejar a un lado el glamur y ponerse el uniforme de machona para hacer una tarea que por excelencia ha sido asociada con los hombres duros: cambiar una llanta.

Abrió la puerta posterior de Enrique Estuardo, para extraer las herramientas y la llanta de emergencia, mientras Fernanda veía como hipnotizada la escena; en realidad era la primera vez en que iba a intervenir en estos oficios, impropios para alguien como ella.

No iba a permitir que se le quebrara una uña o se le ensuciaran las manos. Tal como lo había visto en varias películas, se puso a un lado de la vía, anudó su blusa para que se le pudiera ver su abdomen delgado y depilado, levantó un poco más su minifalda y empezó a hacer señales a

los camiones que pasaban por ahí pidiendo ayuda.

Dara no se percataba de lo que hacía Fernanda, porque cambiar una llanta no era problema para ella, lo había hecho tantas veces que una vez más no afectaría su vida. Sabía lo suficiente de mecánica como para poder sobrevivir ante cualquier emergencia, aun si esta fuera una falla eléctrica o del motor.

En menos de lo que canta un gallo, un camioncito se aparcó delante de Enrique Estuardo, bajándose un hombre corpulento y algo panzón, con jeans desgastados, una camisa a cuadros abierta hasta medio pecho dejando ver sus vellos; llevaba zapatos de lona que lucían muy baratos. Viajaba sin carga, probablemente había llevado cajas de banano de alguna hacienda hacia el mercado mayorista de Quito y regresaba con algún producto menor en el cajón de su camioncito.

- Papi, gracias por parar, mi amiga y yo nos quedamos tubo bajo, ¿nos puedes dar una mano por favor, si papi?

- Permítanme ayudarlas bellezas – diciendo esto, se arremangó, dejando ver sus brazos velludos; retiró de las manos de Dara la llave de cruz y procedió a desajustar las tuercas que aun quedaban.

Dara no podía creer que aun hubiera caballeros en estos días. En poco tiempo la llanta había sido cambiada

- Papi, no se como pagarte por la ayuda que nos has dado.

- Nena, tú sabes como puedes pagármelo – diciendo esto, tomó a Fernanda del brazo y la llevó hasta ubicarse junto al camioncito, abrió la puerta del lado del pasajero y ambos entraron.

Cinco minutos después, Fernanda bajó del camioncito, arreglándose la blusa y la minifalda al tiempo que guardaba su celular en la cartera; tenía un nuevo nombre en su registro de datos. Se despidió afectuosamente del conductor, esperando verlo en una nueva oportunidad en Quito.

- Fernanda, tu eres terrible! – fue lo único que atino a decir Dara

El viaje estaba resultando emocionante, tal como lo había presentido la Fernanda.

Continuaron el viaje y al llegar a Tandapi, pararon en una vulcanizadora para arreglar la llanta baja.

Era un local de piso de tierra, sucio y desordenado, con olor a caucho quemado y paredes de madera, llenas de recortes de mujeres desnudas de las páginas centrales del periódico El Extra. Lo más decente de la

decoración era un calendario de un chifa mostrando un paisaje japonés con el monte Fuji al fondo.

Un hombre corpulento y de mirada dura y tosca salió a atenderlas. Dara abrió la cajuela y el susodicho sacó la llanta para repararla. Con maestría realizó el trabajo de parchado de la llanta y recambio por la llanta de emergencia para que pudieran continuar el viaje.

Al llegar el momento de pagar, le preguntaron cuanto le debían, a lo que el hombre de la vulcanizadora respondió que eran diez dólares.

El precio resultaba excesivo; el parche de llanta no costaba más de un dólar cincuenta, considerando el recambio de la llanta de emergencia. Le increparon sobre el precio, a lo que el hombre de la vulcanizadora atestó a decir:

- Atender a gente rarita como ustedes me ha espantado la clientela, he perdido al menos diez dólares por lo que ustedes deben reponerme el dinero que he dejado de ganar por atenderlos a ustedes; ¡par de maricones! – tomó una llave de tuerca y se puso en una posición amenazante.

Amedrentadas, pagaron el precio para evitarse problemas de puñetes y golpes que las hubiera llevado al hospital. De nuevo estaban en el mundo real, donde seguían siendo un par de extraterrestres, vapuleadas por un don nadie.

Dara arrancó al tiempo que Fernanda gritaba con medio cuerpo salido por la ventanilla:

- Hijo de puta, ojalá y se te pudra el huevo; ¡malparido!

El hombre de la vulcanizadora les hizo una mala señal con la mano; guardó los diez dólares en su overall y se dirigió al interior. Una vez adentro, abrió la página central de El Extra, para ver a la nueva diva semidesnuda publicada a todo color; se bajó la bragueta y comenzó a masturbarse, ante la atenta mirada de todas las demás ninfas semidesnudas que llenaban las paredes del recinto.

- Si que soy mujeriego – dijo en alta voz, sintiéndose rodeado de todas sus mujeres… pero de papel…

Capítulo 8

Capítulo Octavo

La demora por la reparación de la llanta las había retrasado una hora. Llegaron a Santo Domingo de los Tsáchilas fuera de su horario programado. La pancita ya estaba anunciando que debían comer, aunque hubieran preferido hacerlo en Quevedo.

El pago excesivo de la reparación también les había mermado recursos para continuar con el viaje; ojalá no se presenten más reveses o se verían en serios problemas

Escogieron un kiosco en una esquina, donde una señora gorda, despeinada y con aspecto cansado; vendía guatitas y maduros a la brasa. El olor era realmente exquisito, además los precios de los kioscos son infinitamente menores que cualquier restaurante.

Se bajaron del auto y se sentaron frente a frente, en una mesa con bancas de madera sin espaldar; ordenaron dos guatitas con coca cola, las mismas que empezaron a devorar con hambre. Las emociones pasadas las habían puesto en un estado de ansiedad que debía ser calmado con comida. En un descuido, un ladroncillo de esos que no faltan en el barrio agarró la cartera de Dara, quien la había dejado junto a ella para tener el dinero al alcance de la mano y así poder pagar la comida.

- Ladrón, hijueputa, te llevas mi cartera, ladrón, ladrón, ¡¡atrapen al ladrón!!

- Ay señorita, al Carrusel nadie lo agarra, es el más rápido de Santo Domingo; además su cuñado es policía y siempre se queda con el botín.

- Madrina, se me ha llevado todo el dinero, por suerte los documentos importantes los dejé en la guantera

- Y era mucho mi bonita?

- Como treinta dólares. Es más, no tengo con que pagar ahora por las guatitas

- Ahhh, no, a mi me pagan porque me pagan, vean ustedes como se las arreglan, pero a mí me pagan lo que han consumido, no se me vayan a hacer las vivas ahora!!!

Viéndose en esos momentos sin dinero y ahora con más deudas que antes, acordaron que la Fernanda se quedaría en calidad de prenda mientras Dara iría a trabajar en el taxi hasta reunir suficiente dinero para

pagar lo consumido, que era apenas cuatro dólares, pero que en esos momentos representaba toda una fortuna para las tres mujeres.

Se le hacía raro volver a trabajar en el taxi, ahora como Dara Smith. Acomodó el retrovisor, sintonizó en la radio una emisora que transmitiera canciones como a ella le gustaban: tecnocumbias y chicheras; respiró profundamente y arrancó en busca de clientes. De niño, había pasado vacaciones cortas en casa de su abuela en El Carmen y no le resultaba difícil orientarse en Santo Domingo porque conocía las principales avenidas y calles de la ciudad.

Había avanzado tres cuadras cuando una señora le hizo parar.

Al abrir la puerta para preguntarle cuánto le costaría una carrera hasta el barrio San Marcos, alcanzó a ver a Dara con claridad y se disculpó con cierto nerviosismo, argumentando:

- Me acordé de que dejé la plancha encendida, deje nomás, voy a tomar otro taxi

- Yo le espero hasta que apague la plancha

- Es que también olvidé sacar la basura y dar de comer a los pollos

Al buen entendedor le sobran las explicaciones, se dio cuenta que la clienta tenía miedo de subirse en un taxi conducido por una travesti.

Continuó transitando por las calles y el siguiente en hacerle parar fue un hombre joven, vestido con camisa a cuadros, pantalones de lino y zapatos relucientes.

Se subió en el asiento delantero y le pidió que lo lleve a la alcaldía.

En el camino, el cliente regresó a ver varias veces a Dara, en especial a su entrepierna y en un semáforo, colocó su mano izquierda sobre el muslo de la conductora al tiempo que le dijo:

- Si que estás buena, ¿qué te parece si vamos a un hotel y me haces una carrera especial en la cama?

- No señor, yo solo soy taxista; usted me está confundiendo – y con su mano derecha retiró la mano del pasajero que estaba posada sobre su muslo

- Yo se que te gusta “la maldad”, vamos, no te hagas la estrecha, mamita rica – y esta vez su mano fue más avezada, pues la puso directamente

sobre su entrepierna, acariciando toscamente el miembro de Dara

- No señor, yo no hago ese tipo de trabajo, y, por cierto, ya estamos en el municipio, son dos dólares.

- Tu te lo pierdes mamita rica, podríamos hacer un vira y cambia que nunca olvidarías – y se bajó del auto, lanzándole dos monedas sobre el asiento, como si se tratase de caridad.

Cada loco con su tema pensó Dara en esos momentos. Lo hubiera hecho hace años, cuando salió a trabajar el taxi durante la recuperación de la operación de la vesícula de su padre, pero ahora le urgía conseguir el dinero, rescatar a la Fernanda y continuar el viaje a Guayaquil para vender el auto, pagar la deuda con el banco y quedarse con algún dinerito para mejorar su gabinete de belleza o siliconearse por todas partes.

Al mismo tiempo, al otro lado de la ciudad, Fernanda había entablado conversación con la señora de las guatitas. Así fue como descubrió que no era tan mayor como aparentaba y que su descuido en la forma de arreglarse, o más bien de no arreglarse, se debía a la vida de trabajo sacrificado que tenía.

- Yo cuido de mis hijos, atiendo a mi marido y el negocio, no tengo tiempo para mí, creo que por eso mi marido va en busca de otras mujeres más bonitas

- Una se da tiempo y modos para verse bien, hay muchos trucos, ¡Madrina!

- Eso dice porque usted si es bonita y tiene clase, hasta es medio rubiecita, pero una que vino del campo no puede hacer nada para mejorar la raza

- No diga eso Madrina, yo uso sólo agüita de manzanilla para aclarar el cabello. ¡ya sé, me acabo de iluminar! le apuesto un maduro asado que la transformo en la más guapa del barrio en menos de lo que canta un gallo

- Ay hija, no sólo apuesto un maduro, también otra coca cola porque está haciendo calorcito por el invierno.

Este era un verdadero reto para la Fernanda. Ni corta ni perezosa, vació el contenido de su bolso sobre la mesa. Aparecieron lápices de cejas y labios, correctores de ojeras, base líquida, rimel, condones, lubricantes, cepillos, peines, sombras de ojos, delineadores, preservativos, KY, rimel para pestañas, binchas, profilácticos y cremita.

Mientras tanto, Dara levantaba a su tercer cliente; un hombre de edad madura y aspecto osco. Vestía una guayabera blanca y pantalones de tela

ligera de color beige. Se subió en el asiento delantero y le pidió que lo llevara al Terminal Terrestre. Dara tomó la ruta menos congestionada y más corta.

El pasajero regresó a ver un par de veces a la conductora, mientras movía la cabeza en gesto de real desaprobación al tiempo que hacía con la boca un ruido que aumentaba la sensación de repudio, algo así como un tick, tick, tick, tick.

Al llegar al Terminal, le indicó que eran tres dólares lo que debía pagarle; el cliente se bajó del auto y tocándose las bolas por encima del pantalón le gritó a todo pulmón, esperando que con esto las personas que estaban cerca sean testigos del alboroto:

- Con esto te voy a pagar, maricón hijueputa

- No sea atrevido, usted me debe de esta carrera, ¡¡¡ladrón!!!

- Ven a cobrarte con esto, que ya se que es lo que te gusta, maricón mamavergas – se agarró nuevamente el paquete y luego se volteó y caminó hasta perderse en la multitud del Terminal.

Unos cuantos curiosos vieron la escena, murmuraron algo y movieron las cabezas en forma de desaprobación hacia Dara, hasta hubo uno que escupió al suelo en señal de asco. Imaginaron que la taxista travesti intentó aprovecharse sexualmente de un hombre tan respetable como el que se acababa de bajar del taxi. El estigma de ser máquinas sexuales (o trabajadoras sexuales), pervertoras de menores y disgregadoras de hogares heterosexuales está muy difundido en la sociedad; ¿por qué una travesti tras el volante de un taxi tendría que ser distinta a las demás? Ya estaba sentenciada antes de recibir un juicio justo.

Sintiendo que las fuerzas se le habían acabado, apoyó la cara entre sus manos que aun agarraban el volante y empezó a llorar.

Ser diferente no les daba derecho a los demás de tratarla como basura. Ella no era basura. Sabía trabajar a brazo partido, no en vano era dueña de un gabinete de belleza y ahora de un taxi. El problema es que se había relacionado con gente que no valía la pena como "la ranita" Marulanda y en el bar de la Taty difícilmente encontraría a alguien distinto del gueto.

Se le vino nuevamente la idea de que con el dinero de la venta del auto pagaría la deuda con el banco, invertiría un poco en mejorar su gabinete, no como hubiera querido en un principio y las siliconas podrían esperar un poco más, porque dejaría dinerito para inscribirse en la Universidad Abierta de Loja para estudiar jurisprudencia y ser alguien en la vida. Llena de convicción en sus pensamientos y dejando a un lado el sentimentalismo barato, se había propuesto en ese momento ser la

primera travesti abogada de la patria. En el colegio había sido uno de los mejores estudiantes y le habían augurado un buen futuro, que se cortó cuando su padre lo botó de la casa al descubrirlo desnudo en el asiento trasero del auto con otro hombre.

Nadie más se burlaría de Dara Smith, porque antes de pronunciar su nombre tendrían que anteponer el título de abogada. Doctora en leyes Dara Smith… comprobó que sonaba muy bien y hasta musical. Se imaginaba sentenciando al policía que no quiso ayudarla, deteniendo a la Rana puñetera y vividora, encarcelando al vulcanizador estafador y arreglando su herencia, para que ella pudiera aparecer como dueña real del auto que ahora era imposible de negociar.

Maldijo nuevamente a su padre: - viejo hijueputa, has de estar riéndote en el infierno – e imaginó la sonrisa burlona de su padre una vez más, por la jugada maestra que había hecho al cambiar su nombre en el testamento. Y pensar que durante la lectura del testamento se había sentido protegida por él. - Las apariencias engañan – volvió a decir con voz poco audible.

Seguía aun con la cara y manos pegadas al volante, sumida en su pena, rabia y rencor, cuando sintió que abrieron la puerta trasera de Enrique Estuardo y luego una voz masculina le pidió que lo llevara hasta el Hotel Toachi en la ruta a Quito.

Sin regresar a ver por el retrovisor al nuevo pasajero, encendió el auto y arrancó, pasándose los dedos por los párpados, tratando de no manchar sus mejillas con la mezcla de rimel y lágrimas que empezaban a deslizarse desde los bordes de los ojos.

- Es mi impresión o siempre que me encuentro contigo te veo llorando? – en ese momento miró por el espejo y reconoció al chico que la había ayudado en la puerta del banco, cuando había trastabillado al salir presurosa por el maltrato recibido y su bolso se enganchó en la puerta, desparramándose su contenido en la física acera

- ¿Cómo alguien tan bonita como tú tiene que llorar todo el tiempo?

- La vida es más difícil cuando una es distinta al resto, me han tratado mal, robado y hasta estafado en los últimos tres días

- Pero más emocionante también, ¿verdad?

- A veces, vivir al límite no es vida, es sobrevivir al desastre diario, yo soy un desastre

- Si piensas que lo eres, pues entonces así será. Nadie puede hacerte

sentir mal a menos que tú se lo permitas

- Y que puedo hacer? Son pocas las personas que me tratan como ser humano

- Porque tememos lo que no conocemos, ¿acaso te conoces a ti misma?

- No, creo que no

- Entonces, empieza por ahí, y verás que las lágrimas de hace un momento serán parte de tu pasado, el futuro será como quieres que sea, ¿cómo lo imaginas?

- Me veo feliz, terminando mi carrera universitaria, con mi oficina propia, ayudando a otras como yo y junto a una persona que me quiera y que se deje querer por mí

- Entonces así será; ¡empieza desde hoy a construir ese futuro… y ánimo! Que aun no termina tu día. ¿Cuánto te debo?

- Dos dólares

- Quédate con el cambio, se te ve más linda cuando sonríes que cuando lloras

Dara se ruborizó al recibir ese último piropo, fue tan repentino que se quedó muda; ni siquiera pudo agradecerle por las palabras que valían mucho más que la carrera. Su pasajero ya había descendido de Enrique Estuardo y presuroso se perdía en una esquina.

Luego revisó el billete con que le había pagado y era de diez dólares. Nadie regala ocho dólares así porque sí en estos días. Quizás su suerte empezaría a cambiar. Ella pondría de su parte para que eso suceda. Las palabras de su último cliente calaron profundo en su ser. Llegaron en el momento indicando, mostrándole una luz al final del túnel.

Recogió unos cuantos clientes más, los mismos que al principio la veían de manera rara, pero ahora ella se sentía segura de que era una taxista y no una travesti tras el volante, así que nadie se sobrepasó ni la intentó estafar ni la observó descaradamente y de forma extraña.

Por fin fue dueña de la situación. Reunió en total 29 dólares, suficientes para rescatar a la Fernanda, poner algo de gasolina y pagar una habitación muy barata en Guayaquil para cuando arribaran.

Al llegar al kiosco, encontró a Fernanda conversando animadamente con una señora muy simpática; al acercarse se percató de que era la Madrina, pero muy bien arreglada. Reconoció enseguida el trabajo de su amiga por

los colores del maquillaje.

Pagó la deuda y se despidieron con besos y abrazos. Fernanda le dejó unas binchas, unos polvos, rimel, lápices de cejas y labios que tenía de sobra, para asegurarse de que la Madrina recuerde ser linda siempre y no ponga como pretexto de que "una mujer que trabaja es una mujer acabada". Era lo menos que podía hacer, no sólo porque ganó la apuesta, sino que también fue convidada con otro plato de guatita con coca cola.

A los pocos minutos llegó el marido; al verla arregladita y linda como en los viejos tiempos, se acercó por la espalda, la abrazó tiernamente y le besó en el cuello

- Así me gusta verte, como cuando recién nos conocimos, eres la más linda del mundo.

Al escuchar las palabras de su esposo, la Madrina sólo sonrió al tiempo que dijo en baja voz: - Gracias Fernanda, que Diosito te bendiga! –

Capítulo 9

Capítulo Noveno

Habían perdido mucho tiempo con el cambio de llanta y la consecución de dinero para pagar las guatitas en Santo Domingo. Su hora de llegada a la ciudad de Guayaquil, luego de los retrasos estaría programada para las dos de la mañana. Sería preferible dormir esa noche en algún hotelito barato que pudieran encontrar en Quevedo.

Antes de llegar a Buena Fe, el tráfico se estaba haciendo cada vez más lento hasta que llegaron a un punto del camino donde no pudieron avanzar más.

Unos jóvenes vendedores de agua de coco se les acercaron para ofrecerles jugo fresco y helado. ¿Al preguntarles acerca de qué sucedía? ellos les respondieron de que el puente sobre el río San Benito fue arrastrado por la crecida del río y el tráfico estaba paralizado de lado y lado.

Les sugirieron que lo mejor sería dar la vuelta antes de que se formen dos filas en la misma dirección y los autos no puedan regresar a algún punto poblado, o la otra opción sería esperar toda la noche y quién sabe cuantas horas más del día siguiente hasta que las maquinarias del Ministerio de Obras Públicas y el Concejo Provincial pudieran reparar la vía para continuar el viaje.

Haciendo caso del consejo de los vendedores ambulantes, dieron la vuelta y regresaron algunos kilómetros andados. No querían regresar mucho para ahorrar gasolina y dinero que no poseían.

Llegaron hasta una atarraya en el camino, entrada del recinto La Estrella; sin pensarlo dos veces se dirigieron hacia allá en busca de algo para beber y refrescarse; con gran suerte encontrarían una pensión barata o algún sitio para pasar la noche y si no tenían suerte, al menos dormirían en el auto, pero cerca del retén policial para estar resguardadas y no ser asaltadas.

Al entrar en el recinto, divisaron al fondo del parque central una cantina, decorada con luces de colores en su exterior. La música estaba a todo volumen y vieron que seguían llegando más y más clientes.

Les entró un poco de miedo entrar en aquel sitio, pero era lo único que estaba abierto y las ganas de utilizar un baño y de beber algo para reponer líquidos fueron más fuertes que su temor de ser discriminadas en un sitio extraño. Sabían de antemano que en ciertos pueblos de la costa,

el machismo es cosa de machos y no de muchos.

Tratando de actuar con normalidad, entraron en la cantina. Todo era algarabía al interior. Como es costumbre en este tipo de locales de la costa, había más hombres que mujeres. Al ir avanzando, la mayoría notó su presencia y al estar casi al medio del local, las rodearon de forma amenazante. La música paró en ese momento.

Un hombre de una cuarentena de años se acercó a ellas y les dijo:

- Cómo se les ocurre entrar aquí a estas dos ciudadanas?

- Disculpe señor, veníamos en busca de algo para tomar y conseguir información sobre el lugar

Una risa general invadió el lugar. El hombre cuarentón levantó la mano en señal de que cesen las risas y comentarios entre dientes

- Ustedes no sabían que no podían entrar por esa puerta? ¿Acaso nadie les ha enseñado que las reglas se deben respetar?

- ¿Es que nadie nos ha indicado las reglas, pero señor, si tiene a bien informarnos cuáles son?

- Me están tratando de confundir o qué?

- Nada de eso, lo que pasa es que somos recién llegadas, venimos de la gran ciudad

- Además… llegan justo a tiempo, muy oportunas para ser verdad…

- ¿A tiempo para qué, ah?

- Para el ritual, ¿para qué otra cosa más va a ser?

- Ah, si, que tonta que soy, por supuesto, el ritual… ¿Qué ritual?

- El que ustedes dignas ciudadanas van a protagonizar esta noche para nosotros

Otra vez una risotada general invadió la cantina. Dos hombres fornidos se acercaron a cada lado de Dara y Fernanda, las tomaron por los brazos y las llevaron para afuera. Era inevitable, sus minutos estaban contados. Pronto serían parte de algún ritual sado masoquista o satánico en la cantina de la calle principal del recinto La Estrella.

Fernanda se imaginaba los titulares de El Extra: “Jóvenes hermosas mueren asesinadas por turba de montubios acalorados por las copas” o

peor aún: “Lindas quiteñas desaparecen misteriosamente en la ruta Santo Domingo - Guayaquil”

Los hombres fornidos, una vez afuera las condujeron hasta una puerta lateral de la cantina. A pesar de que las asían con firmeza de los brazos, trataban de no lastimarlas. Golpearon la puerta a manera de clave, esperaron unos segundos y la puerta se entreabrió…

Del interior apareció un rostro semi cubierto. Horror, parecía que sus temores se iban a convertir en realidad. Quizás buscaban un par de jóvenes vírgenes para el sacrificio. Sería mejor explicarles que no eran vírgenes y por lo tanto no servían para tales propósitos; al menos Fernanda era virgen por delante, así que ella sí servía a medias; en lo tocante a Dara, ella tenía fama de ser viradora y no era virgen ni por delante ni por detrás.

Fernanda empezó a rezar un Padrenuestro y a encomendarse a Santa Meche, patrona de las travestis bañadas en leche. Tenía tanto miedo que estuvo inclusive a punto de hacerse pipi en los calzones. Dara estaba viendo cómo zafarse del grandulón que la tenía sujeta del brazo. Un pequeño descuido y podría correr hasta el auto, abrir la cajuela y sacar la llave de tuercas para amedrentar a los fortachones, liberar a la Fernanda y emprender una fuga veloz al estilo de Thelma y Louise. El momento nunca llegó pues estaba firmemente asida por la mano de su captor.

Quizás adentro, pudieran ver la forma de escapar o de pedir perdón para ser soltadas a condición de olvidar los rostros de sus captores, la cantina, el parque, la atarraya del camino y hasta el nombre del recinto… Dara se unió a Fernanda en los Padrenuestros y encomiendas a Santa Meche.

- Traemos dos rezagadas, espero que estén a tiempo para el ritual.

Una mano salió de entre la puerta semiabierta, las agarró de las ropas y a toda prisa las introdujo en el interior, para evitar que desde el exterior se pueda ver el contenido de esa habitación secreta.

Una vez que estuvieron dentro, y sus ojos se acostumbraron a la luz emitida por un solo foco de 40w, no daban crédito a lo que veían: era como estar tras los bastidores de una obra de teatro; trajes, pantimedias, lápices de cejas, cremas, vestidos, plumas y lentejuelas. Sería un sacrificio teatral, como en Entrevista con el Vampiro pero en versión trans.

Una veterana maquillada exageradamente y que daba la apariencia de una vampiresa se les acercó para interrogarlas:

- Llegaron tarde par de cabronas hijeputas, Eso puede hacer cabrear a la gente. ¿Acaso no les dio la China bien las instrucciones de cómo llegar o

se perdieron en el camino?

- Nos perdimos un poco, pero ya llegamos

- Cómo está la china? ¿Qué es que ahora está cuidando a la babadienta de la Garzocentro?

- Asi dice, pero creo que no vino porque se encontró con un huevo mal parqueado

Hubo risas. Era mejor seguirles la corriente. Al parecer venían dos chicas desde Guayaquil, pero con el problema del puente no lograron pasar. Si seguían actuando con normalidad quizás lograrían salir bien libradas de esta

- Y como se llaman?

- Dara

- Fernanda

- Ustedes dos están muy buenas para el ritual de esta noche: sangre fresquita. Las últimas chicas de fuera que vinieron desaparecieron misteriosamente en la trastienda en el transcurso de la noche, espero que ustedes no corran con igual suerte – y diciendo esto acarició la mejilla de Fernanda con un cetro de metal sostenido con la mano derecha.

Fernanda cerró los ojos, el contacto con el frío metal le hizo estremecer todo su cuerpo. Estaba a punto de chillar descontroladamente.

- Chicas, relájense, parece que hubieran visto al diablo – dijo una cuarta persona

- Si chicas, parece que tienen pánico escénico, ni me digan que va a ser su primera vez porque las mato aquí mismo – dijo una quinta vocecilla

- Y ustedes a quien representan? – volvió a tomar la palabra la vieja vampiresa

- Nos representamos a nosotras mismas, no tenemos quien nos apadrine

- Hummm… muy mal, querida; creo que será mejor decir que tu eres Miss Brasil y tú Miss Etiopía – señalando a Dara y a Fernanda, en ese orden

- Creo que me acabo de iluminar; ¿es acaso un concurso de belleza el que están organizando?

- Claro que sí, niña, ¿estás como tonta hoy? Es el evento del año: elección de la Criolla Bonita del Recinto La Estrella, el evento más sonado en todo el año; hasta el Teniente Político y el presidente de la Junta se encuentran aquí. Es nuestro ritual para dar comienzo a la siembra.

En ese momento por fin dejaron de temblar y la sangre volvió a circular por sus venas. Era una confusión fortuita. Al menos no habría sacrificio con sangre.

- Y que fue chicas, ¿dónde está la ropa? Son tres pasadas: ropa casual, traje típico y de noche.

- Intima, en el apuro se nos olvidaron, ¿pero qué tal si con lo que ustedes no van a utilizar hacemos unos trajes en menos de lo que canta un gallo?

- Ah no mijita, eso si que no. Las reglas son bien claras, cada una debe traer su propio vestuario. Mejor se apuran porque quedan quince minutos para salir a escena con el primer traje.

Viéndose a las caras y sintiéndose iluminadas, Dara y Fernanda se leyeron las mentes. No se dejarían derrotar… ellas dos… dignas representantes de la gran ciudad, por un grupo de montubias. Enseguida fueron hasta la cocina del local y tomaron unos cuantos manteles, servilletas, platos y vasos desechables, frutas, cestos de mimbre, sogas y piolas y en un trix trax confeccionaron los trajes.

Se maquillaron y peinaron mutuamente y estuvieron listas para salir a escena en el tiempo previsto

Es usual en este tipo de certámenes que se mezcle el humor con el glamur, como parte de la magia del transformismo. Por ejemplo, al anunciar a Dara dijeron:

- La siguiente es la representante de Brasil, se llama Dara de La Plata, habla 4 lenguas muertas; admira a su marido porque le mete puñetes; su color favorito es el rojo sangre después de la paliza y su mayor deseo es conocer al Presidente Rafael Correa en persona, porque en fotos ya lo ha visto.

Hubo risas generales por la chispa con que la animadora (que era la vieja travesti con maquillaje de vampiresa y que en sus buenos tiempos fue la chica más deseada del recinto y hoy es una mujer respetada en la comunidad por su trabajo a favor de la salud de su pueblo) presentaba a las concursantes.

Dara desfiló con la blusa del viaje, pero dada la vuelta, presentando una nueva tonalidad; adicionalmente la había anudado y las bastas del pantalón las había remangando; su fuerte era el caminar delicioso que

poseía.

- La representante de Etiopía viene a continuación, se llama Fernanda de los Santos de los Últimos días; ella no habla idiomas porque es muda, admira a José Feliciano porque además es ciega y su mayor aspiración es ser "testiga" de la segunda venida de Abdalá.

Más risas generales; Fernanda se sintió malhumorada por esa presentación tan poco favorecedora, pero sabía que la concursante que arrancaba más risas también tenía más posibilidades de salir entre las finalistas y hasta ganar la corona. Aprovechó el momento de gloria y dio sus mejores pasos de baile en la improvisada pasarela. Los aplausos fueron sonoros y constantes.

Otra candidata muy aplaudida fue: - Miss Argentina, Gabriela Sapatinni, habla tres idiomas y se comunica mentalmente con las iguanas; admira a Elsa Bucaram por lo cara dura que es, hasta se parece a Rumiñahui. Su mayor aspiración es llegar a ser alcaldesa de la Atlántida, porque se auto define como sirena: mitad mujer y mitad bagre.

En los trajes típicos, Dara salió con un vestido confeccionado con manteles, una servilleta amarrada a la cabeza a manera de pañoleta y un cesto de frutas en la cabeza, representando a esmeraldeña, vendedora de frutas.

Fernanda salió con un pequeño vestido confeccionado con sogas y servilletas, representando a una aborigen de Etiopía. Un palo de escoba fue decorado con servilletas a manera de lanza y otro palo más pequeño en el cabello, dándole un aspecto salvaje. De vez en cuando servía para algo en la vida, leer la sección de viajes de Cosmopolitan, para estar enteradas de cómo se visten en otras latitudes.

Las demás concursantes palidecieron ante tanta inventiva del par de chicas venidas de la gran ciudad. El comentario tras bastidores era: "es que ellas ya son viajadas". Los trajes de las demás concursantes eran en su mayoría alquilados en Buena Fe, en el almacén del Chino Chujón, quien proveía de vestimentas para Corpus Cristi y Misas de Niño.

Krushenka del Olmo, presentó un traje de montubia, que había sido usado por su madre años atrás. Había candidatas que estaban dispuestas a ganar y se habían preparado todo el año para el evento.

La última salida fue con trajes de noche. Dara y Fernanda lucieron hermosos trajes diseñados con manteles, servilletas, platos desechables a manera de gigantescas lentejuelas, sogas y cordones. No hubo quien se compare a ellas. "ser viajada" tenía sus ventajas en la vida, pero era más

importante ser “astuta y arriesgada”.

Al final se anunciaron a las finalistas: Dara De la Plata, Fernanda De los Santos de los Últimos Días, Leidis Di (en alusión a Lady Di) y Micaela De Matel (en alusión al fabricante de Barbie). Leidis Di solía contar que ella era la original y que la otra era la falsa, la que vivía en Inglaterra, y que por eso, ella misma fue quien la mandó a matar en el túnel de las almas en París: ¡por impostora!

Venía el evento final: una pregunta para cada una. Todas respondieron con soltura y picardía. Al final se proclamó a la tercera finalista: Micaela de Matel; la segunda finalista: Dara de la Plata (ante el abucheo general, porque era la favorita del público, pero la corona debía quedarse en casa para poder ser entregada el año siguiente a la nueva ganadora; en otras palabras, Dara y Fernanda sólo eran relleno), la primera finalista resultó ser: Leidis Di y la ganadora fue elegida Fernanda.

Era la primera vez que alguien de fuera resultaba electa Criolla Bonita. Sus lágrimas eran auténticas; desfiló ante el público, agradeció y salió a bailar la primera pieza con el Teniente Político, el hombre cuarentón que las había asustado. El premio para la ganadora era de veinte dólares, que se había reunido con los aportes de la venta de cerveza de esa noche. Ya tenían un poco más de dinerito para llegar a Guayaquil.

Dara se sentía feliz de haber participado en el concurso y de que Fernanda hubiera ganado la corona, se la merecía de manera sobrada por ser: amiga incondicional, buena colaboradora y excelente modelo de pasarela.

El resto de la noche la pasaron de fiesta, bebiendo, comiendo, fumando y disfrutando del buen humor. Dara no se despegó ni un momento del dueño de la farmacia, o más bien dicho, el dueño de la farmacia se sentía fascinado por Dara, y el sentimiento se incrementaba con cada cerveza. En algún momento de la noche, desaparecieron del salón, para hacer cosillas en la trastienda; se había cumplido la profecía de la vieja travesti maquillada como vampiresa. A las tres de la madrugada, su esposa entró en la cantina para llevárselo a regañadientes, como el niño que es separado de su juguete favorito.

Fernanda tuvo un corto affaire con Segundo, el hijo del presidente de la Junta. Ya tenía otro número más para su base de datos del celular. En el calor de las copas, se comprometió en llevarlo con ellas hasta Guayaquil; al menos la diversión para el resto del viaje estaría garantizada.

La fiesta terminó a las cuatro de la madrugada, con los típicos disparos al aire anunciando que la siembra empezaría en cuanto el nivel de las aguas del río bajen. Todos salían trastabillando y confiriendo oprobios contra el

gobierno de Rafael Correa, contra Bush y contra el Equipo de Fútbol.

Dara y Fernanda seguían la procesión sin rumbo. Al llegar al soportal de una casa, los pocos presentes se acomodaron como pudieron en asientos y hamacas. Destaparon otra botella de aguardiente y continuaron con las libaciones. De uno en uno se fueron retirando hasta que Dara y Fernanda se quedaron solas (tuvieron que vencer la tentación de irse con cada cachero, porque más valía ser precavida).

Amanecieron juntas, abrazadas, en una hamaca bajo el soportal de una casa cercana a la cantina. Despertaron y luego de asearse y cambiarse de ropa, buscaron algo para desayunar. La dueña de casa, esposa del presidente de la Junta les ofreció pan con margarina, huevos, leche, arroz con patacones, menestra de fréjol y jugo de piña. No quiso aceptar cuatro dólares que le ofrecían en pago ante tanta amabilidad.

Se despidieron de la dueña de casa antes de que el resto del pueblo despierte. Arrancaron el motor y en eso apareció Segundo, el hijo del presidente de la Junta, con su mochila lista para embarcarse en Enrique Estuardo y hacer el viaje hasta Guayaquil, tal como lo había prometido la Fernanda la noche anterior.

Al principio, ella se negó en hacerlo subir; una cosa es decirlo en estado etílico, pero otra cosa era llevarlo a cabo. Atrás vino su madre. Fernanda estaba lista para aguantar oprobios por tratar de aprovecharse de un joven inocente. Quería morirse en ese momento. Entonces la mamá dijo:
- ustedes que son chicas “viajadas”, hagan el favor de llevar a mi hijito que tiene que hacer unos trámites en Guayaquil para conseguir una beca y salir a estudiar a la gran ciudad; en sus manos se los encomiendo; no sean malitas – no pudieron negarse y Segundo se sentó atrás.

Fernanda después de escuchar a la mamá, se sintió con mucha responsabilidad para cuidar de Segundo y él dejó de ser su objeto de deseo para pasar a ser como un hermanito menor.

Capítulo 10

Capítulo Décimo

Continuaron los tres el viaje hacia Guayaquil. Se había improvisado un puente metálico de emergencia sobre el río San Benito. Tuvieron que hacer fila por al menos una hora y media para poder pasar al otro lado y continuar el camino hacia Quevedo.

Antes de llegar a Babahoyo, decidieron parar en un comedor del camino, para ir al baño, servirse algo ligero y tomar unos refrescos. Era un parador con forma redonda, como las tradicionales construcciones de la costa. El techo al menos tenía 6 metros de altura en la parte más alta y tres en la más baja; era de palma entretejida y había unas divisiones hechas con jaboncillo para separar la cocina de la barra de atención. Tapando discretamente los baños estaban dispuestas unas celosías hechas de caña guadúa. Unas enredaderas se entretejían en el entramado, resultando en conjunto un sitio agradable para descansar y retomar energías.

La barra corrida era de hormigón fundido en sitio, de un metro de altura por ochenta centímetros de ancho y recubierta totalmente de cerámica para facilitar su limpieza. Se exhibían los platos del día en una urna de cristal para evitar los mosquitos. Detrás estaba el congelador para las cervezas y bebidas gaseosas.

Mientras las chicas fueron al baño, Segundo pidió unas colitas y unas tostadas para aguantar el resto del viaje hacia Guayaquil. Conversaban los tres animadamente sobre la fiesta de la noche anterior y los papelones tras bastidores, los votos de los jurados, lo aburrida que puede ser la vida en un recinto tan escondido a la vera del camino y de cuales eran sus aspiraciones para el futuro.

En eso llegó un autobús de regular tamaño; se estacionó cerca de Enrique Estuardo y los pasajeros esperaron unos minutos antes de bajar.

Todo transcurría con normalidad y nadie se percataba de los viajeros recién llegados. ¡De repente, la Fernanda emitió un grito ahogado!

- Aghhhh, me quiero morir, me quiero morir!!!

- Que te pasa loca, reacciona loca – le decía Dara mientras simulaba cachetearla

- Es ella, es ella, no puedo creerlo, ¡¡¡es ella!!!

- Quién es ella, ¿a quién viste?

Sin darle tiempo a recibir respuestas, Fernanda tomó de la mano a Dara y la arrastró hasta colocarse cerca de los pasajeros recién llegados

- ¿Ya viste quien está ahí, ya la viste?

Dara no pudo contener un grito de emoción. Era Sharon, La Hechicera quien iba con su equipo de producción camino de Santo Domingo para una presentación en el estadio.

Las chicas y chicos que atendían el comedor la habían reconocido también y cambiaron rápidamente el disco que sonaba por los altoparlantes, por uno de Sharon; era el mejor homenaje que le podían hacer a su ídolo. Era un honor que ella hubiera parado para servirse algo en su local.

Sharon levantó la mano en señal de saludo triunfal, caminó hasta una mesa mientras un asistente fue a pedir algo de comer y beber para todo el equipo. Iba acompañada de su representante y otras dos personas. El cuerpo de bailarines y bailarinas se ubicaron en una mesa junto a ella, mientras que el personal de sonido y tramoya se ubicaban donde podían.

Dara y Fernanda seguían de pié, viendo a su estrella. Estaban a menos de diez metros, hipnotizadas por el glamur de la diva. Unos niños que estaban cerca, seguramente animados por sus mayores se acercaron a darle flores y a pedirle autógrafos. Sharon era objeto de atenciones.

Fernanda que era muy lanzada, tomó a Dara nuevamente por la muñeca y la volvió a arrastrar hasta ubicarse cerca de Sharon. Ella, sentada plácidamente, las vio y las invitó a acercarse aun más. Se acuclillaron y empezaron a colmarla de elogios.

- Si que usted es hermosa, es la gran diva del Ecuador

- Tenemos todos sus discos y nos sabemos todas sus coreografías, bueno, uno que otro es pirateado…

- Y hasta hemos pensado en hacer un show para la elección de Reina de Quito-Trans con su música

La diva, agradeció por las palabras y acotó: - gracias por el cariño que me dan, yo me debo a ustedes, mi público querido, pero por favor, no me traten de usted que me hacen sentir vieja – y agarró de la mano a la Fernanda que estaba en trance, casi a punto de llorar. – ¿se saben la coreografía de “acaríciame”? es la más complicada de mi repertorio – y tomó la mano de Dara también. Sharon se había dignado en tocarlas y

además las autorizó que la tuteen; ¡¡¡su artista fetiche era de lo mejor!!!

- ¿Qué si la sabemos? ¿qué si la sabemos? Siiii, la sabemos completa

- Música disjockey, que suene "acaríciame"

El chico detrás de la barra, ni corto ni perezoso cambió de canción.

Dara y Fernanda tomaron sus posiciones, improvisando un escenario en frente de la barra, en medio de los parlantes.

Los acordes empezaron a sonar y los primeros pasos de baile empezaron a ser interpretados con maestría. Se notaba que habían ensayado previamente. Era innegable que Sharon era su diva, pues sabían toda la coreografía, sin equivocación y siguiendo el ritmo de la canción.

Treinta segundos después de iniciada la improvisada interpretación, Sharon, a pesar del cansancio se levantó de la mesa, tomó una cuchara a manera de micrófono y se unió a Dara y Fernanda. Estaba cantando con su propia voz.

La gente que estaba en el comedor empezó a aplaudir y chiflar por el hermoso show que estaban presenciando. Uno de los técnicos conectó un amplificador y pasó un micrófono real a Sharon. El chofer del autobús encendió todas las luces de la unidad, incluyendo una licuadora ubicada en la parte superior. Pronto fue emulado por otros buses, camiones y autos privados del parqueadero.

Segundo se levantó de la silla y empezó a aplaudir con emoción. Veía a Fernanda como una diosa del espectáculo, como un ángel que había caído del cielo para beneplácito personal. Desde otras mesas lo emularon y se pusieron de pié, dejando enfriar la comida. Que importaba, siempre se la podría comer, pero ver un espectáculo como éste, sólo una vez en la vida.

El parador se llenó de luces, sonido y magia. Los autos que transitaban empezaron a parquearse para disfrutar del show y la gente del vecindario salió de su rutina, corriendo a presenciar el espectáculo. El rumor de que Sharon estaba en el parador se regó como pólvora y lo que empezó como una travesura para sesenta personas se convirtió en un espectáculo para 300.

El cuerpo de baile, ante una señal de la cantante se situó a los costados de las tres divas para complementar la coreografía. Durante un estribillo, las tomaron por las piernas y caderas y las ayudaron a subir a la barra del parador. Ahora ya estaban sobre un escenario, ofreciendo un espectáculo

de calidad a todos los presentes.

La canción terminó en medio de aplausos y ovaciones, energizando a las tres intérpretes quienes adoptaron nuevamente sus posiciones en espera de la siguiente canción. Cuando ésta empezó a sonar, el público seguía aplaudiendo y chiflando de emoción. Los pasos de baile volvieron a ser sincronizados y Sharon cantó con su propia voz.

La gente coreaba a todo pulmón cada canción. Una pareja se ubicó cerca de la barra y empezó a bailar, siendo emulados por otras parejas. Estaba una abuelita bailando con su nieto, un par de novios, hermanos, amigos y amigas, recién conocidos, recién presentados y llegados.

Lo que empezó como un tributo a Sharon, se convirtió en una gran fiesta, con la interpretación de cuatro canciones.

Un cronista gráfico de un diario de distribución nacional regresó hasta su auto y tomó su cámara fotográfica. Disparó fotografías del trío musical; una de ellas sería la escogida para ser portada de la siguiente edición dominical, como lo descubrirían una semana más tarde.

El viaje a Guayaquil era por demás excitante. Estaban descubriendo la luz que cada una de ellas poseía en su interior.

Dara y Fernanda se sentían ligeras, como si flotaran. Todo era mágico para ellas. Las luces, los flashes de las cámaras digitales y de los celulares, la música que invadía cada nervio, músculo y tendón de su cuerpo. Por sí esta fuera una prueba de la existencia de la Justicia Divina, seguramente ellas estaban haciendo algo bien en sus vidas para recibir este tipo de recompensas.

Terminaron la presentación ante las ovaciones de los presentes; Dara y Fernanda se retiraron a su mesa, despidiéndose de la multitud con las manos en alto. Tomaron a Segundo por la camisa y al ritmo de otra tecnocumbia se dirigieron al auto. Hicieron la "promesa de brujas" con la mano del corazón (la izquierda) de nunca olvidar este episodio de sus vidas.

Arrancaron y volvieron otra vez a la vía con rumbo a Guayaquil, agitando las manos por las ventanillas, diciéndole adiós a su artista fetiche y a los cientos de nuevos amigos y amigas que habían hecho en el parador, siendo correspondidas por la muchedumbre.

Las penas de los días anteriores se iban aligerando.

Capítulo 11

Capítulo Décimo Primero

Dara, Fernanda y Segundo continuaron el viaje, después del show de su vida. El viaje estaba resultando más excitante de lo que habían pensado. Las penas del inicio de la semana se iban diluyendo de las mentes de las dos chicas. - Siempre sale el sol después de la tormenta y, además, sale para todos y todas, sin discriminación – dijo Fernanda, mientras bajaba la ventanilla.

Pasaron Babahoyo por un costado, usando el by-pass y continuaron su camino. No hubo otro evento significativo hasta llegar a Guayaquil. Arribaron pasado el mediodía. Era hora de ordenar las ideas. Contaban aún con treinta y siete dólares. Ahora también tenían la misión de dejar a Segundo en casa de su hermano mayor que vivía en Guayaquil desde hace un par de años.

Primero irían a ver a los cacheros-amigos de Fernanda de la Comisión de Tránsito del Guayas para ver como se podía vender a Enrique Estuardo, era mejor que Segundo las acompañe, porque aparte de ser hombre, macho castigador, marido puñetero, también era alto y un poco mal encarado; infundía respeto a pesar de sus pocos años vividos. Después procederían a concretar la operación; posteriormente depositarían el dinero de la deuda en el banco y abrirían una cuenta de ahorros; ya no volvería a confiar en el colchón bank y tampoco se dejarían discriminar al momento de ir a retirar dinero, como había sucedido las veces anteriores. Como penúltimo paso colocarían a Segundo en un taxi con la dirección de su hermano para que pueda realizar su trámite. Finalmente comprarían pasajes en bus a Quito y amanecerían listas para continuar sus vidas, desde ya diferentes desde el inicio de este viaje inolvidable.

Fernanda marcó al celular de uno de ellos y quedaron en verse a una cuadra de las oficinas. Estaba de guardia, pero podía pedir permiso unos minutos para atenderlas. Quizás y hasta se pudiera concretar un punto vago en ese descanso.

Se encontraron en la calle, lo invitaron a subir al taxi, al asiento trasero. Para esto, Fernanda había cambiado puesto con Segundo así que parecían estar en pareja. Luego de explicar la situación que las traía a Guayaquil y de cómo había sido redactada la herencia, el oficial supo decirles que lo mejor que se podía hacer en estos casos, era comprar una cédula en el Registro Civil a nombre de Dara Smith. Mientras conversaba, acariciaba las piernas de la Fernanda y una de sus manos fue a colocarse debajo de la minifalda, sobajando el miembro flácido. Creía que a muchos hombres

les resultaba erótico su pene, a manera de clítoris gigantesco.

El oficial les facilitó el nombre de un contacto que tenía en el Registro Civil, pero antes le pidió a Fernanda que lo acompañara hasta el baño de un local cercano. Cómo estaba vestido de policía, nadie le negaba el uso de los baños del sector, porque era una autoridad y más valía tenerlo de amigo que de enemigo.

Tardaron poco menos de siete minutos. Se despidieron con apretón de manos y Fernanda volvió a subir al taxi.

Nadie quiso ser indiscreto, por lo que no preguntaron que había sucedido en el baño; lo intuían. Fue Fernanda quien empezó diciendo: - hay de todo en la viña del Señor - Dara le pidió que no vuelva a hacer nada que no quisiera, pues ni la venta de Enrique Estuardo para salvarla de deudas era suficiente razón para tener sexo con alguien que ella no quisiera.

Fernanda se sintió ofendida, se abrió de piernas y mostró su ropa interior que ahora era un boxer de algodón, de esos que usan los mayorcitos para que no les molesten las "hemorranas". Con paciencia explicó que el oficial lo único que le pidió fue que le deje su ropa interior femenina y de encajes, porque le gustaba oler su esencia "especial", mezcla de macho/hembra y feromonas y cómo ella no podía ir por la vida sin nada debajo de la falda le había dicho que era intercambio de ropa interior o nada. – honestamente, es muy difícil cambiarse de ropa en un baño tan pequeño, en especial si te están toqueteando en busca de un polvo vago por ahí – los tres rieron de lo sucedido y continuaron hacia el Registro Civil en busca del "Cuervito", un conocido tramitador que ejerce su oficio en esa dependencia.

Lo reconocieron de inmediato, pues era pequeñito, llenito y bien oscurito, de ahí el apodo de "Cuervito".

Después de entender bien la situación y cual era el requerimiento para proceder con la transacción, Cuervito les indicó que el trabajillo les costaría 60 dólares: toda una ganga, eso, por tratarse de amigas del oficial Peláez. Dara y Fernanda se regresaron a ver. Les faltaba veinte y tres dólares. O regateaban, o hasta ahí llegaban a menos que volvieran a ver una forma de hacer dinero. Lo peor que podría pasar es que el negocio no se concrete y tengan que hacer malabares para regresar con el rabo entre las piernas a la ciudad de Quito.

Antes de aceptar el precio, Segundo llevó a Cuervito a un apartado para tratar de negociar el valor de la nueva cédula de ciudadanía. El precio era inamovible y realmente barato; por una cédula falsa, pero con todos los sellos se cobraba al menos 100 dólares. Era un precio especial. Le pidió que rebaje a treinta dólares, para dejar algo de dinero con que comprar papeles de compra – venta y sacar algunas copias. En confidencia el

Cuervito le dijo que le dejaba en cuarenta dólares si aceptaba acostarse con él, pues le gustaban ahombrados.

Segundo estuvo decidido a irse a la cama con el Cuervito, pero Dara que estaba atenta a todo, y convencida de sus propias palabras, de que ninguno debía hacer un sacrificio sexual que no fuera por voluntad propia, se acercó a los dos negociantes y siguió regateando sin éxito alguno. Quería a toda costa dejar a Segundo fuera del asunto pues era muy inocente aun para que alguien le abra los ojos en el sexo entre hombres.

En ese momento, Segundo sacó veinte y cinco dólares de su bolsillo y se los entregó a Dara diciéndole: - es todo el dinero que mis padres pudieron ahorrar para mandarme a Guayaquil, tu sabrás hacer mejor uso de él – Dara los aceptó, incrédula de la gentileza y desinterés de Segundo, prometiéndole que se los devolvería con creces.

Quince minutos más tarde, Dara posaba para la foto, ante la mirada perpleja y risas burlonas de algunos de los usuarios de esa dependencia. Cinco minutos después ya tenía la cédula en el bolsillo de su minifalda.

Juntos fueron hasta la feria abierta de autos de Durán y localizaron a un comprador. Enrique Estuardo fue vendido por US$4.800, con todos los "papeles en regla" y con billetes que fueron cobrados en la ventanilla de un banco. Por seguridad pidieron que las lleven al otro banco en un auto blindado con un costo adicional de cincuenta dólares que bien los valía pagar. No había que ser tacaña en asuntos de seguridad. Depositaron el dinero en las cuentas, dejando suficiente para regresar en autobús

El nuevo dueño, sintiendo que había hecho un buen negocio, pues los autos en la sierra los conservan mejor que en la costa, le pidió a Dara que se lleve todos los objetos personales que hubiera en él.

Mientras Fernanda y Segundo retiraban las maletas de viaje y daban una limpieza rápida del asiento trasero, Dara revisaba los papeles de la guantera. Encontró manuales del funcionamiento del auto, de la presión de las llantas, la garantía que venció hace más de diez años, unos pañuelos faciales para tirar, unas llaves de quien sabe donde y debajo de todo esto halló un sobre cerrado y con su nombre en el anverso.

Se le hizo raro encontrar algo a su nombre, pero reconoció la letra, era de su padre. Iba a romperlo en señal de venganza y triunfo, pues le había ganado al viejo hijueputa en su intención de coartar su libertad de elegir como quería ser, pensar y vestir. Se detuvo en el último segundo y decidió abrirlo. Ya nada podría hacer desde el infierno, donde seguramente estaba presenciando la despedida del taxi de la familia.

Querida Dara:

Cuando leas esta carta, probablemente yo ya no pueda estar a tu lado. La he dejado en el único sitio donde sé que ni tu mamá ni tus hermanos la encontrarían.

Mi pequeña Dara, no ha habido un solo día en que no me arrepienta de lo tonto que fui al haberte alejado de mi vida. He rezado por ti cada mañana, por que tengas un pan que llevarte a la boca, que no te golpeen en la calle, que puedas llevar una buena vida y no te metas en problemas. Cada vez que veía en las noticias que una travesti era asesinada, rogaba por que no fueras tú. Este tiempo vivo con mi alma colgada de un hilo. Discúlpame, Dara querida.

A pesar del calor, Dara se sentó en el asiento del copiloto y cerró las puertas y ventanas, quería apenas un momento íntimo. Fernanda viendo esto tomó a Segundo y al comprador y se los llevó a tomar una gaseosa en la esquina.

Supongo que te preguntas por que dejo el auto a nombre de Dara y no de Nicolás, cierto ¿no? yo hablé con el Marco Antonio, el abogado de la cooperativa. Me dijo que puedo dejar herencia a nombre de quien quiera, incluyendo la Santísima Trinidad. Sabía de antemano que tendrías problemas para decidir qué hacer con Enrique Estuardo, pero ¿no se trata de eso la vida? De enfrentar los problemas que se nos presentan y saber solucionarlos.

Si has decidido quedarte con él necesitarás legalizarlo a tu nombre, para eso el notario tiene instrucciones específicas. Si has decidido venderlo conozco de tus habilidades y sé que no tendrás problemas. Aun recuerdo cuando vendías sánduches de atún en el colegio, para tener platita que gastar en el cine.

Dara leía con atención cada letra. Sentía que su pecho se desintegraba con cada palabra. Se colocó una mano en la sien, para descansar la cabeza y dejarse llevar paralelamente por los recuerdos…

Fue un pequeño truco, para que la herencia no te venga fácil y puedas pasar cualquier prueba para hacer tuyo el taxi. Ya sabes que lo que viene fácil no se valora y fácil se va. Ahora que ya sabes por que lo hice, sólo espero que esta experiencia te fortalezca y te sirva para continuar con la seguridad de saber qué quieres ser en la vida y así nadie te sorprenda ni te hará daño.

Mijita, perdóname, pero es lo que te he podido dejar de herencia. Espero sea suficiente.

Tu padre, Jorge.

Dara hecho a llorar mientras apretaba contra su pecho la carta. Ahora sabía que su padre no la estaba viendo sonriente desde el infierno, sino en otro lugar muy distante de ahí.

Repasó con sus dedos cada Niño Divino de La Merced y después tomó el rosario que colgaba del retrovisor y que según Don Jorge había sido bendecido por el mismo Juan Pablo Segundo en su visita al Ecuador; se lo puso en el cuello y se miró en el espejo. Sentía que Nicolás y Dara se unieron nuevamente, ya no estaban separados. Su dicotomía había terminado, era una nueva persona.

Bajó del taxi, le dio una vuelta más, acariciándolo con la punta de los dedos, como agradeciéndole por todo lo que le quitó y todo lo que le devolvió: ¡su autoestima!

Después hizo una señal a la Fernanda para que se acerque con Segundo y el comprador. Le entregó las llaves y le pidió que lo trate bien, porque era el auto de familia. Luego, dibujó en la portezuela trasera algo parecido a un corazón con las iniciales D y E.

Finalmente, cuando escuchó que el nuevo dueño arrancó el motor, retrocedió unos pasos y volvió a llorar.

Esa fue la última vez que Dara vería a Enrique Estuardo, el auto en el que había aprendido a conducir, en el que tuvo un pequeño accidente, en el que salía con los amigos del colegio a molestar chicas, en el que bebía en las aceras, en el que perdió la virginidad, en el que fue pillada teniendo sexo en el asiento trasero y ahora, el auto le devolvía lo que le alguna vez le había quitado: el amor propio y la autoestima.

Imaginó nuevamente el rostro de su padre, donde quiera que estuviera observando la escena, viendo a Dara más fuerte y decidida en alcanzar sus sueños. Ya no lo visualizaba con risa burlona, ahora lo imaginaba como un buen padre que al final del camino supo enseñarle lecciones de vida.

- Adiós Enrique Estuardo, adiós

Al ver a Fernanda, notó que ella se estaba limpiando las lágrimas de los ojos. Algo había cambiado en las dos en ese pequeño viaje. Se sentían nuevas personas que, a pesar de haber hecho una transacción al margen de la ley, nuevamente eran parte de la colectividad, con sus diferencias, pero también con sus fortalezas.

- Miss Criolla Bonita, ¿vamos a comprarle ropa a Segundo?

- Bueno Miss Simpatía

Vistieron a Segundo como un chico de la ciudad, en pago por las gentilezas recibidas por su parte y le entregaron 50 dólares, a manera de intereses por su gesto solidario en el Registro Civil. Adicionalmente compraron unos pocos trapitos para ellas, pues en la Bahía de Guayaquil se consigue la última moda, o sea, super crazy la ropa. Segundo les confesó que no le hubiera importado acostarse con el Cuervito con tal de ayudarlas, pero que a él quien le interesaba era Fernanda. Estaba dispuesto a dejar todo con tal de seguir a Fernanda de regreso a Quito y vivir con ella como pareja.

Fernanda se acercó a Segundo, lo tomó de la cara, tiernamente. Lo miró directamente a los ojos y le dijo: - mira cachero: conmigo no tendrás futuro, tócame aquí – y llevó su mano hasta su entrepierna – no soy la persona que te puede dar hijos; prometí a tu mamá que te cuidaría y es mejor que cada quien siga su camino, y, por cierto, me llamo Fernando Andrés Martínez – le extendió la mano en señal de despedida. Segundo tomó su mano y la besó.

Dara por primera vez, desde que conocía a Fernanda, la escuchó decir su verdadero nombre y además rechazar una propuesta sexual. Realmente el viaje la había cambiado para bien; estaba "cómo iluminada"

Hicieron parar un taxi, conducido por un hombre ya entrado en años, con una panza abultada y una guayabera desgastada. Era un viejo Lada, de los ochentas. La placa resultaba llamativa:

Rieron al unísono, se embarcó y siguió su camino, sacando la cabeza por la ventanilla, diciéndole: Fernanda, ¡¡¡siempre serás mi primer amor!!!

El taxista, luego de conducir por dos cuadras, regresó a ver a Segundo por el retrovisor y le preguntó: - eres Segundo Eliborio, del Recinto La Estrella? ¿Hijo de mi compadre Vicente Villao? – recibiendo una respuesta afirmativa, a lo que él taxista siguió hablando: - eres famoso en todo el recinto, por haberte comido un montón de burras con la cosota que te manejas, desde chiquito ya eras depravado!!!... – y continuaron el camino.

Fernanda, parada en la acera, apartó una lágrima de su mejilla, tomo aire, sacó pecho y dijo: - si lloro se me corre este rimel barato que no es a prueba de lágrimas. ¡Llorar dos veces en un mismo día no es de Fernanda! –

Se dirigieron al Terminal terrestre y compraron dos boletos para regresar en el primer autobús que salía con rumbo a Quito. Viajarían toda la noche. Por ser boletos de última hora, tuvieron que comprar asientos separados y esa compañía de transportes era muy exigente en lo tocante a los pasajeros, requiriendo documentos y alentando a los pasajeros a usar los asientos asignados para evitar atracos en las vías.

Pedirían a uno de los pasajeros vecinos poder cambiar de asientos para hacer el viaje juntas.

Fernanda se ubicó junto a un militar muy guapo, quien, al verla, la ayudó a colocar su mochila en la repisa y empezó a conversar animadamente. Dara intuyó que Fernanda estaría mejor con su nuevo compañero de viaje, mientras ella trataría de dormir. Había sido una semana muy movida.

- Si te vuelvo a encontrar una vez más en alguna parte del Ecuador, es porque el destino tiene una historia para ti y para mí

Dara regresó a ver; era el chico que la había ayudado a la salida del banco y le había dado palabras de aliento en Santo Domingo. Era él mismo, pero ¿cómo podía ser posible que él apareciera en todo lado? Dara sonrió y comprobó que sería su compañero de asiento.

- Estoy con mi auto en reparación y debí viajar a revisar una pequeña cadena de farmacias que tenemos como negocio familiar. Vi el show que montaste en Babahoyo con Sharon; estaba en el autobús magenta que llegó casi al final, quise bajarme para saludarte, pero un par de señoras pasaditas en kilos impedían la salida a los demás pasajeros

- Ah, si, vi el autobús, pero llegó en el momento que nosotras ya

estábamos de salida

- Desde la primera vez, me impactó tu mirada, de no ser por ese desperfecto de mi auto, no hubiera podido verte más que una sola vez afuera del banco, ¿lo recuerdas?

- Si, lo recuerdo, en ese entonces yo era otra persona.

- En sólo una semana eres una nueva persona?

- Una semana es mucho tiempo… créemelo. Por cierto… yo soy Nicolás Castro, pero mis amigos y mi familia me llaman Dara Smith…

- Shhhh, no necesito saber tu pasado, me interesa más tu futuro y cómo intervengo en él – le dijo mientras colocaba un dedo sobre sus labios – yo me llamo Enrique Estuardo y estoy encantado de iniciar este viaje contigo…

Fin

Finito

The end